

INFAMIA



UN THRILLER
DE MISTERIO DEL
**DETECTIVE
HENSLEY**

RAÚL
GARBANTES

INFAMIA

EL EXPERIMENTADO DETECTIVE HENSLEY Nº 5

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2021 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com

Redes sociales del autor:





Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/miedogratitis>

HENSLEY CORRÍA COMO si el mismísimo diablo lo persiguiera por las húmedas y frías calles de Bar Harbor. Sus pasos resonaban en el silencio de la noche y los latidos de su corazón estallaban en sus oídos. Dejó atrás Holland Ave y giró a la derecha hacia Cottage Street, teniendo que alzar los brazos para mantener el equilibrio y evitar caer sobre el resbaladizo asfalto. Las horas de sol mermaban las últimas nieves, pero el agónico invierno parecía querer desquitarse durante la madrugada.

Aspiró todo el aire que cabía en sus pulmones y se centró en darle más velocidad a sus piernas. Los pensamientos discurrían al ritmo de sus zancadas y se atropellaban sin llegar a una conclusión que le permitiese sacar nada en claro.

No sentía miedo, aunque lo percibía rondándole no muy lejos de allí, mientras perseguía al principal sospechoso del asesinato de tres jóvenes que había sumido a Bar Harbor en una psicosis permanente. Pese a que, en su opinión, el hecho de que aquel hombre se hubiera negado a identificarse y saliera huyendo después de ello lo convertía en algo más que un sospechoso. El aviso lo dio Joe Rebson, quien llamó a la comisaría afirmando haber visto a un hombre extraño merodear cerca de su casa.

—¿A qué te refieres con extraño, Joe? —dijo el agente de guardia en la centralita aquella noche, que no era otro que Andrew Rebson, hermano mayor de Joe.

—No sabría decírtelo. Manda a alguien y salimos de dudas. —Andrew dibujó una mueca incrédula en su rostro. Su hermano, un hombre que no volvería a cumplir los cincuenta y que disfrutaba de la caza mayor en su tiempo libre, parecía asustado. Soltó el cigarrillo en el cenicero y cogió papel y lápiz.

—¿Puedes decirme algo de ese hombre, Joe?

Al otro lado del teléfono se oyó un suspiro.

—Es de noche, ya sabes —contestó Joe.

—Sí, ya sé que es de noche. ¿Han robado las farolas de Spring Street?

—No, maldición, pero está entre dos halos de luz. Lleva más de veinte minutos ahí sin hacer nada. Tan solo distingo su silueta.

—Eso no es ilegal, Joe.

—Me da mala espina. No hay nadie en la calle a estas horas. ¿Y si es ese hombre?

—¿Qué hombre? —preguntó Andrew.

—Ese hombre, maldición. El asesino de esos muchachos. No estoy diciendo que lo sea, pero lo mejor es que envíes a alguien para salir de dudas.

Andrew tomó aire y suspiró con pesadez. Los asesinatos a los que se refería Joe eran una cuestión que huía de su cabeza a la menor oportunidad. Bar Harbor era un lugar demasiado

tranquilo, donde no ocurría nada, donde el tiempo se detenía a veces en la rutinaria vida de sus habitantes. Sin embargo, un par de semanas atrás, el cadáver de un joven ponía patas arriba aquel mundo de remanso, que observaba los males del mundo como si jamás pudieran poner sus pies en la isla. El joven había sido acuchillado tantas veces que su torso terminó convertido en una masa sanguinolenta.

—¿No podría tratarse de un borracho, Joe? ¿Algún turista despistado?

Los recuerdos colmaron su mente mientras se negaba a aceptar la posibilidad mencionada por su hermano: la expresión de horror de todos los que se acercaron a ver el cadáver; la madre del muchacho, llevada en volandas por los enfermeros mientras gritaba que ese no podía ser su hijo. No hubo testigos y no tenían pruebas que señalaran la dirección que debía tomar la investigación del caso. Lo único que hubo fue un segundo asesinato días después: otro joven, pero la misma violencia.

—Si no vienes, juro por Dios que cojo la escopeta y salgo a la calle —replicó Joe, aunque se asemejaba más a un argumento desesperado que a una exigencia.

—¡No hagas nada! Ahora mismo mando a un agente.

Andrew cortó la llamada y se quedó durante unos segundos como una estatua. Después de descubrirse el segundo cadáver, las cosas fueron de mal en peor. A las puertas del verano, el alcalde Higgins insistió en que todo se manejara con la mayor discreción posible, pero parecía que la mismísima muerte hubiera decidido alargar su estancia en Bar Harbor. El padre del segundo joven, un veterano de la Segunda Guerra Mundial, se ahorcó horas después de haber identificado el cadáver de su hijo. En la investigación participaron agentes de otros cuerpos policiales. El médico forense, el doctor Markesan, que por ese tiempo rondaba los cuarenta años y estaba libre de la artrosis que lo torturaría años más tarde, repetía una y otra vez en la comisaría que aquello había sido obra del mismísimo demonio.

Andrew, en una lucha constante para no dejarse llevar por sus pensamientos, repasó la lista de los agentes de guardia disponibles para enviarlos de inmediato a la calle donde vivía su hermano.

—Agente Hensley, aquí central. Conteste.

Días antes de la llamada de auxilio de Joe Andrew, el demonio salió de caza otra vez llevándose consigo a un muchacho de quince años: el hijo pequeño de una familia que estaba pasando sus vacaciones en la idílica Bar Harbor. Al parecer, el muchacho había querido salir en bicicleta, mientras que sus hermanos optaron por irse a pescar. Los testigos que lo vieron antes de desaparecer afirmaron que una camioneta le pisaba los talones, o, más bien, las ruedas, e incluso uno de ellos señaló que el muchacho le hizo algún tipo de gesto al conductor. Todo lo que dijeron de esta persona era que se trataba de un hombre.

—Aquí Hensley.

—Persona sospechosa vista en Spring Street; a la altura del número 37.

—¿Turistas? —preguntó con sorna.

El silencio de Andrew, que no sabía qué código asignarle al aviso, alertó a David.

—No estoy seguro.

—¿Whitechapel? —preguntó el agente Hensley. Whitechapel era el nombre en clave que recibía todo lo relacionado con los asesinatos de los jóvenes, la palabra que para ellos representaba todo lo macabro y extraño de los salvajes crímenes. El nombre provenía del barrio londinense donde Jack el Destripador acabó con la vida de al menos cinco prostitutas.

—Es posible, pero sin confirmar.

—En camino.

Diez minutos después, David Hensley llegó a Spring Street, recorriéndola sumamente despacio, casi con el motor al ralentí, atento a cualquier detalle y preparado para intervenir ante el menor indicio de que estuviera ocurriendo algo. Pero no descubrió nada tras la primera pasada y dio la vuelta al final de la calle, repitiendo el proceso. Fue a mitad de Spring Street cuando entonces lo vio: una silueta, una figura humana que él identificó como masculina, quien, al ver el automóvil de la policía, se dio la vuelta y comenzó a correr en dirección opuesta, dirigiéndose hacia un estrecho callejón.

—¡Alto! —gritó sacando la cabeza por la ventanilla, pero aquel hombre lo desoyó y siguió corriendo—. ¡Demonios!

Dicho esto, salió del automóvil lo más rápido que pudo y comenzó la persecución.

Avanzaba entonces por Cottage Street. El hombre tras el que corría perdía fuelle y cada vez se encontraba más cerca.

—¡Deténgase ahora mismo! —gritó Hensley, aunque sin éxito. Sin embargo, sabía que no iba a llegar mucho más lejos. La pendiente descendiente y el asfalto resbaladizo hacían imposible que ninguno de los dos pudiera girar sin estrellarse contra el suelo. La distancia se reducía, zancada a zancada, hasta llegar a esos segundos en los que Hensley comenzó a plantearse la mejor idea de derribar a aquel hombre. Pero no tuvo oportunidad.

El sujeto que huía de David Hensley quiso girar de manera brusca por Kennebec Street, pero, como era de esperar, sus pies se deslizaron sin control. Apenas se había estabilizado al tomar la curva cuando una camioneta —que, acorde a lo que David anotó en el informe, parecía estar esperando a su presa— lo atropelló brutalmente, escupiendo su cuerpo a varios metros de distancia. David, casi a punto de echarle la mano, pudo bajar la marcha a tiempo, aunque no evitó golpearse con la parte trasera de la camioneta y detenerse, chocando con un vehículo estacionado junto a la acera. El estruendo fue tal que algunos vecinos se despertaron, asomándose a la ventana.

—¡Dios mío!

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

David se reincorporó como pudo y se acercó al hombre que yacía sin vida en la carretera, con todos y cada uno de sus miembros retorcidos de una manera grotesca. Después levantó la mirada y, a lo lejos, vio como la distancia devoraba las luces traseras de la camioneta.

—ISAAC FURIER se llamaba ese desgraciado —dijo David mientras disfrutaba de un insípido café en la sala de descanso de la comisaría. Hacía exactamente veinticinco años del atropello de aquel hombre en plena madrugada. Su compañera, la detective Sally Lonsdale, había escuchado algunos fragmentos de la historia, pero, por lo general, lo ocurrido en aquellos días no desembocaba en una conversación prolífica entre los agentes que aún permanecían activos desde entonces.

—Era el asesino de los muchachos. No hubo más asesinatos después de que lo atropellaran, ¿verdad?

David negó con la cabeza, dando un sorbo al café y mirando hacia ningún lugar.

—Recibió su merecido. Su última víctima no era más que un niño —dijo Sally con resignación.

—Lo recibí..., sea lo que sea que hubiera hecho.

—¿A qué te refieres? Ese hombre era un toxicómano con una larga lista de delitos a sus espaldas. ¿No establecieron el robo como móvil de los asesinatos?

—Así es —dijo David sin apenas mover los labios.

Sally se exasperó y cruzó los brazos.

—¿Qué es lo que sucede? Un par de años más contigo y podré adivinar hasta el último de tus pensamientos.

—Sigue habiendo un asesino suelto —susurró.

—Sí, el hombre que atropelló a Isaac Furier. Estoy de acuerdo contigo en que tiene que pagar también por lo que hizo, pero no me negarás que es un mal menor en toda esta historia.

David apuró el café y tiró el vaso de plástico a la papelera. Después se metió las manos en los bolsillos y contempló a Sally con una mirada apática.

—Supongo que será así. —Bostezó y miró el reloj—. Discúlpame, cada vez que veo este día en el calendario se me revuelven las entrañas.

—No te preocupes. ¿Está Louise mejor?

—Sí, es solo un catarro. Nada importante.

—Me alegro —contestó Sally. David se acercó a la ventana y observó cómo la noche se echaba sobre el cielo de Bar Harbor.

—Veinticinco años... —susurró.

LOUISE HENSLEY se encontraba en la cocina cuando David llegó a casa. Este, fiel a su costumbre, se descalzó junto a la puerta, dejó las llaves en la mesita y acarició la fotografía de su hija Helen, que lucía una sonrisa radiante; eterna para él. Vio también el puñado de cartas amontonadas — facturas y muestras de cariño de los bancos—, que optó por dejar para el día siguiente.

—¿Cómo te encuentras, cielo? —preguntó.

—Bastante mejor. Esas pastillas son milagrosas —dijo Louise señalando con el cuchillo hacia la caja de Mucinex.

—¿Puedo besarte entonces? —bromeó David. Louise le respondió con una mueca. Se dieron un beso y David se quedó contemplando la encimera.

—No me digas que toca verduras otra vez.

—Tienen muchos nutrientes y son muy buenas para el resfriado —replicó Louise.

—Yo no estoy resfriado, cariño.

—Tampoco estaría de más que comieras como Dios manda de vez en cuando —añadió la mujer.

—Es maravilloso regresar a casa después de un agotador día de trabajo.

Louise soltó una carcajada, pero continuó cortando verduras, decidida a no variar ni un ápice el menú de la cena. David cogió una cerveza y se sentó a su lado. Fue entonces cuando su esposa reparó en qué día era.

—Oh, cielos, ¿por qué no me lo has dicho? Hoy hace veinticinco años de...

—Así es —la interrumpió David mirando el reloj de la cocina—. Faltan aún un par de horas, para ser más exactos.

—Y sigues sin quitarte esa idea de la cabeza, ¿verdad? —preguntó Louise dedicándole una mirada de complicidad.

—Se me pasará en un par de días. Me ocurre todos los años. Es solo que cuando llega este día soy incapaz de centrarme. Ya sabes que las cosas no se hicieron del todo bien.

David se refería a lo que ocurrió después del atropello de Isaac Furier. A nadie pareció importarle que el conductor de la camioneta se hubiera dado a la fuga, incurriendo en varios delitos a los que David sumaría, sin duda alguna, la premeditación. La gente de Bar Harbor estaba conmocionada por los asesinatos, y el hecho de que estos se detuvieran a raíz del atropello fue suficiente para que Isaac Furier sea declarado, póstumamente, culpable de los asesinatos. Todo encajaba y las familias obtenían el consuelo que tanto ansiaban: Isaac Furier, según la versión oficial, no era más que un drogadicto que, desesperado por conseguir algunos dólares con los cuales pagarse la siguiente dosis, no dudó en acuchillar salvajemente a tres jóvenes, tal vez, cegado por el síndrome de abstinencia que sufría en aquel momento. En cuanto al pequeño

detalle del atropello y posterior huida, se llevó a cabo una breve búsqueda por los alrededores, pero poco más. La sensación que se percibía en las calles de Bar Harbor era que el atropello de Isaac Furier fue un acto de justicia suprema, o algo por el estilo. No importaba si lo había cometido un borracho, un asesino o un mapache.

—Las cosas se hicieron como se hicieron. No te martirices más. ¿Hubo más muertes después del atropello? —preguntó Louise apuntándole con el cuchillo.

—No —contestó lacónico.

—¿Y qué puedes deducir de eso? —dijo Louise con ironía.

—Que él era el asesino —afirmó David dejándose llevar por el razonamiento de su esposa.

Ella levantó las manos en señal de triunfo.

—¿A que no ha sido tan difícil? Anda, aún me queda mucha verdura que cortar —dijo guiñándole un ojo—, ve a ducharte. Una buena ducha lo arregla casi todo.

David obedeció a su mujer y pensó que no estaría nada mal despejarse con una buena ducha de agua caliente. Salió de la cocina y se dirigió a las escaleras, pasando de nuevo por delante de la mesita donde estaba la correspondencia del día y el retrato de su hija. Volvió a pasar los dedos por su reluciente rostro y después cogió las cartas que había justo al lado: extractos bancarios, recibos de luz... Las pasó una tras otra hasta que llegó a una carta de papel blanco, sin remitente, sucia y arrugada, como si la hubiera traído el cartero a patadas. En un primer momento pensó que se trataba de publicidad, pero el tacto era diferente; toda en sí lo era. Con solo palparla dedujo que esa carta era diferente a todas las demás cartas que había recibido hasta ese momento. Dejó las demás sobre la mesita y la abrió.

LOUISE SE OCULTABA el rostro con sus manos temblorosas, incrédula, mirando con recelo la fotografía que había sobre la mesa de la cocina. ¿Era real? Mientras David, apoyado con los brazos sobre la mesa y los ojos desorbitados, trataba de encontrar una explicación.

—¿Qué es esto, David? —preguntó Louise.

—No la toques —le contestó, refiriéndose a las fotografías—. Tal vez haya algunas huellas en ella.

—Dios santo.

La fotografía estaba en el interior del sobre que el detective había abierto cuando se dirigía a la ducha; ese sobre blanco, mudo y repleto de mugre. La fotografía, en un primer vistazo, no significó nada para David, al que solo le llamó la atención el año anotado en el reverso: 1992. En cuanto a la imagen en sí, esta mostraba el sur de Main Street a la altura de Village Lane. David creyó que se habrían equivocado en la oficina de correos, pero cuando llegó a la cocina para decírselo a Louise, sintió como su corazón dio un vuelco: en Village Lane había aparecido el cadáver del último joven asesinado, en el lugar exacto que encuadraba la fotografía. Después todo ocurrió demasiado deprisa. La arrojó sobre la mesa, le pidió a Louise que no la tocara por nada del mundo y le contó, a duras penas, que era la fotografía de una de las escenas del crimen años antes de que ocurriera el asesinato.

—Puede que se trate de una broma, David. Todo el mundo sabe qué día es hoy.

Pero ni Louise se creía sus propias palabras. Entre los veteranos no se gastaban bromas en nada relacionado con Whitechapel; no había reglas escritas al respecto, pero tampoco era necesario. Aunque tal deducción implicaba que la carta podía provenir de cualquier parte.

—Hoy hace veinticinco años... Veinticinco malditos años —repitió mientras afinaba sus ojos mirando hacia la fotografía. Louise lo miró y negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

David miró a su esposa con intensidad, como si le suplicara no tener que contestarle.

—No lo sé. No lo sé. Has estado todo el día en casa, ¿has visto merodear a alguien?

—Claro que no, David. Te hubiera llamado, por el amor de Dios, ¿qué está ocurriendo? —dijo Louise con la voz entrecortada.

Él volvió a fijar la vista en la carta. Sus manos apretaban el borde de la mesa con tesón.

—Esta carta no la ha traído ningún cartero. No tiene remitente ni ninguna dirección anotada.

—Dios santo —dijo Louise con voz queda. Sintió un escalofrío y no pudo evitar ver a su alrededor, como si una amenaza invisible la estuviera acechando. David se percató de la mirada asustada de su mujer, reaccionando al instante y rodeándola con los brazos.

—Tranquila. Lo más seguro es que se trate de algún gracioso, pero no correremos ningún

riesgo, ¿de acuerdo? —Ella asintió con lágrimas en los ojos—. Bien, ahora vístete, ponte ropa cómoda. Nos vamos a la comisaría.

—Pero, David...

Los nervios, el ver a su mujer tan asustada, sacó el policía que David llevaba dentro, cobrando su voz y sus actos una frialdad que Louise había visto en contadas ocasiones.

—Lo más seguro es que dentro de un par de horas nos estemos riendo de todo esto, cariño, pero, para no correr riesgos, es mejor que me acompañes. Pediremos algo de cenar, ¿qué te parece? Invitan los contribuyentes.

Louise asintió en silencio y fue a cambiarse la ropa. Mientras tanto, David cogió una servilleta y con ella introdujo la fotografía en el interior del sobre. Después metió este en una bolsa de plástico.

—Veinticinco años has tardado; veinticinco malditos años.

EL OLOR A CAFÉ colmaba la sala de reuniones de la comisaría. Se avecinaba una noche larga. El capitán Scott, al que David había sacado de la cama con una llamada de teléfono, estaba frente a la ventana, observando la tranquila noche de Bar Harbor; digiriendo lo que David le acababa de contar. La fotografía estaba en la mesa, en el interior de una de esas bolsitas de plástico transparente que utilizaban para guardar pruebas. Village Lane, Whitechapel, pensaba continuamente el capitán.

—¿A qué hora has recogido el correo, Louise? —preguntó Scott.

Las miradas de Sally Lonsdale y David se concentraron en ella.

—Sobre las tres, puede que tres y media. No estoy segura.

—¿Había algo extraño en el buzón?

Louise negó con la cabeza.

—Todo estaba normal. Simplemente cogí las cartas y las dejé en la mesita del recibidor. Me dolía la cabeza debido al resfriado y no tenía ganas de ver facturas.

David estrechó sus manos y las apretó con ternura. Scott los observó durante unos segundos. Louise aún tenía los ojos enrojecidos por el llanto y el temblor de sus manos no se iba del todo. Estaba aterrada.

—¿Whitechapel? —Scott lanzó la pregunta al aire—. ¿Estás seguro?

—Hoy hace veinticinco años, Scott —dijo David—. Yo perseguí a Isaac Furier, fui testigo de su atropello e incluso me llevé un golpe de la camioneta. Yo fui el héroe, ¿no lo recuerdas? Las entrevistas, la portada del periódico. Lo sabíamos, Scott. Sabíamos que las cosas no estaban claras y aun así cerramos el caso.

—¿A qué viene eso? —preguntó Scott molesto.

—A que un puto gracioso ha enviado una carta a mi casa, el día del aniversario de la muerte de alguien de quien no teníamos certeza de que fuese un asesino.

David incluso se había incorporado, dispuesto a encarar al capitán, pero el sonido de la puerta abriéndose robó la atención de los allí presentes. Un hombre entrado en años, de pelo canoso y ligeramente encorvado hacia delante, entró en la sala dando pequeños pasos. En sus manos llevaba una carpeta.

—Buenas noches, doctor Markesan —dijo el capitán Scott con los brazos en jarra. La postura con la que daba a entender que las cosas no iban bien.

—¿Es verdad lo que me han dicho por teléfono? —preguntó sin saludar a nadie—. ¿Whitechapel? Hoy hace veinticinco años.

David se ocultó el rostro con las manos y Scott hizo un gesto de hastío. Sally Lonsdale, que hasta entonces había permanecido como una simple espectadora, levantó la mano como si

estuviera pidiendo la palabra. El capitán le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Todo fue mentira? —preguntó sin saber si sus palabras iban a causar revuelo.

—Digamos que no fue verdad del todo —afirmó David mirando hacia la mesa.

—Eran otros tiempos, detective Lonsdale —añadió Scott.

—La gente quería un asesino y se lo dimos —concluyó el doctor Markesan. Sally los miró como si fueran tres delincuentes intentando encubrirse el uno al otro.

—Pero...

—No hubo más asesinatos después del atropello de Isaac Furier —dijo Scott interrumpiendo a la detective—. Además, el tipo encajaba en el perfil de asesino que buscábamos. Las probabilidades de que se tratara del asesino eran elevadas.

—¿Y la persona que conducía la camioneta? —preguntó Sally—. ¿Cómo dejaron su desaparición sin investigar?

Scott se pasó los dedos por la frente, reluciente por el sudor frío, e hizo una mueca.

—Louise, quizás, no es que me importe, pero no deberías...

Aunque ella se adelantó a las intenciones del capitán.

—Lo comprendo, no te preocupes —dijo.

—La acompañaré a la sala de descanso —dijo David—. Puedes echarte en el sofá o comer algo de la nevera, cariño.

Nada más salir por la puerta, el capitán contestó a la detective.

—Activamos un protocolo de búsqueda, pero hay millares de camionetas tan solo en el estado de Maine. Ocurrió todo tan deprisa que David no pudo facilitarnos una descripción que nos permitiera saber qué estábamos buscando exactamente.

El doctor Markesan, que había permanecido ajeno a la conversación mientras observaba la fotografía a través del plástico, la arrojó sobre la mesa e intervino:

—Quien tomara esta fotografía parecía saber lo que iba a ocurrir años después. El muchacho —dijo señalando el centro de la imagen— apareció justo ahí. Y la bicicleta, un poco más allá, entre esas piedras. Es como ver el escenario de un teatro antes de que comience la obra.

En ese momento David regresó a la sala y se dejó caer pesadamente sobre una silla.

—¿Cómo está Louise? —preguntó Scott.

—Es más fuerte de lo que parece, pero no soporta la idea de que un extraño, vaya a saber con qué intenciones, haya estado tan cerca de nuestra casa.

—Les mandaré una escolta —dijo Scott mientras pensaba cuánto costaría un hombre permanente frente a la casa de los Hensley durante al menos, ¿un mes? ¿Tres semanas con suerte? Eso se traduciría en ajustes de turno y horas extras. Ya podía decir adiós a los beneficios ahorrados del presupuesto del año pasado. A partir de ahora tocaba rezar para que nada se estropease.

David se lo agradeció y tomó aire, o tal vez fuerzas, para afrontar lo que venía a continuación.

—La cuestión es qué hacemos ahora —preguntó.

—Habrà que esperar un par de días a que nos lleguen los resultados del análisis de las huellas, aunque es bastante probable que no encontremos nada. Tampoco podemos permitir que esto salga de aquí. No quiero ni imaginarme le repercusión que tendría, no ya en Bar Harbor, sino en todo el país. Quedaremos como una Policía pueblerina de tercera, y eso no puede ocurrir bajo ningún concepto —explicó Scott.

—Podemos reabrir el atropello de Isaac Furier. Han pasado muchos años y no creo que la familia de los muchachos se nos eche encima. Es lo único que tenemos.

Discutieron acerca de esa posibilidad durante unos minutos más, hasta que comenzaron a escuchar un ajetreo al otro lado de la puerta, en el pasillo que conducía al vestíbulo de la comisaría. Un movimiento inusual a esas horas de la noche. Scott decidió salir a ver qué estaba ocurriendo. Regresó a los pocos segundos, pálido y con tanta agitación que las palabras apenas salían de su garganta.

—Han encontrado un cuerpo.

EL VIENTO que provenía del bosque venía frío y cargado de humedad. Arrastraba un olor profundo y pastoso, a hojas podridas y excrementos. Las luces de los vehículos policiales iluminaban de azul y rojo la escena mientras esperaban a que un par de agentes acabaran de instalar unos focos provisionales para alumbrar la zona como era debido.

—Dwight Pecker, el hombre que ha encontrado el cuerpo, estaba paseando a su perro por la zona cuando el animal comenzó a ponerse nervioso y a ladrar justo en esta dirección. Le soltó la correa y, al seguirlo, se encontró con el cadáver —dijo el agente que llegó primero a la escena. El capitán Scott, que recordaba con ironía que hacía poco más de hora y media él se encontraba entre las cálidas sábanas de su cama, miró el cadáver con repulsa. La detective Lonsdale, ya fuera por el frío o por la impresión, temblaba y tomaba notas a duras penas. Pero era David, cabizbajo, el que sin duda parecía más afectado.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Scott sin retirar la mirada del cuerpo. Las manchas de sangre oscura se esparcían por todas partes.

—Hemos encontrado esta cartera tirada a unos pocos metros, tan solo contiene el documento identificativo de la víctima —dijo el agente. David y Scott se miraron y asintieron, incrédulos—. Podemos confirmar que se trata del exagente Andrew Rebson.

Por fin pudieron encender los focos, alumbrando la escena con tal intensidad que parecía estar siendo iluminada por un sol artificial. Dos grandes halos de luz se desparramaban sobre la hierba y los árboles, dando lugar a inquietantes sombras que respondían a los caprichos del viento. La luz trajo consigo también que el cadáver pudiera ser observado con todo lujo de detalles, así como el resto del lugar.

Había mucha más sangre de lo que parecía en un primer momento y, nada más encender los focos, todos miraron dónde ponían sus pies para evitar pisar algún charco de sangre o alguna prueba.

Scott, tras observar la escena durante unos minutos, caminó hasta David. La detective Lonsdale tomaba fotografías con su teléfono móvil y hablaba con los agentes, tratando de recopilar toda la información posible. Pero por encima de alguna conversación aislada, el silencio reinaba entre todos los miembros del cuerpo de Policía de Bar Harbor.

—Se jubiló hace un par de años —dijo Scott con la tristeza atenazando su garganta. Nunca hasta esa noche había experimentado un miedo tan real, tan al alcance de su mano.

—Él me dio el aviso, Scott, hace veinticinco años.

Scott miró el rostro exangüe y sin vida de Andrew Rebson. Su tez pálida y sus labios amoratados le daban una apariencia espectral, incrementada por la luz blanca de los focos. Había trabajado tantos años con Andrew Rebson que le costaba creer todo aquello.

—¿Quién podía saber eso, David? —preguntó Scott—. ¿Quién podía saber que él te pasó el aviso hace tanto tiempo?

—El mismo que ha enviado la fotografía a mi casa —replicó el detective.

—Whitechapel —dijo el capitán, aunque sin levantar mucho la voz.

David asintió.

—Es el hombre de la camioneta. Tiene que ser él.

—Eso no lo sabemos, David. Hay coincidencias, pero no podemos adelantar acontecimientos.

—Por el amor de Dios, Scott —le respondió señalando el cuerpo de Andrew Rebson—. ¿Qué más necesitas?

Scott guardó silencio, como si no quisiera adentrarse más en una conversación de la que conocía su desenlace.

—La fotografía —continuó David— muestra el lugar donde hallamos el tercer cuerpo, el hijo de aquellos turistas, un pobre muchacho que no hizo más que salir a montar en bicicleta por la isla. El único de los tres asesinatos en los que se mencionó una camioneta, que al parecer circulaba muy pegada al joven. Hoy hace veinticinco años que desapareció la camioneta que atropelló a Isaac Furier; yo fui el último en verla y Andrew Rebson fue quien me dio el aviso.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Ha vuelto, Scott. Ha tardado veinticinco años, pero ha regresado.

El capitán, sin embargo, se mostró reticente a aceptar la teoría de David —al menos de primeras— y le pidió que se fuera a descansar. Sabía que el detective era muy sensible en todo lo que concernía a Whitechapel. Además, el asesinato de Andrew Rebson había sido un duro golpe. Incluso los agentes que no coincidieron con él estaban estupefactos.

—Ha sido un día muy largo para todos. Tienes a tu esposa en la apestosa sala de descanso, David. Recógela y regresen a casa. Mandaré una patrulla para que monten guardia en tu jardín si hace falta.

David miró otra vez la escena del crimen, aunque al final aceptó.

—Sally te pondrá al día por la mañana. No te preocupes por todo esto.

Louise estaba adormilada en el sofá de la sala de descanso cuando llegó David. La despertó suavemente con un beso en la frente y le susurró que era el momento de irse a casa.

—Otro asesinato, ¿verdad? —dijo Louise mientras se dirigían hacia el automóvil.

—Eso parece —contestó David.

—¿Whitechapel?

Su marido dibujó una sonrisa inexpresiva.

—Esperemos que no.

No era el momento de decirle que la víctima era Andrew Rebson. Suficiente había tenido que soportar Louise. Mañana, con el sol en todo lo alto del cielo, sería un poco más fácil decírselo.

En el trayecto de vuelta a casa, David escrutó cada esquina de Bar Harbor, como si esperara que en cualquier instante algo terrible surgiera de las sombras dispuesto a devorarlos. Las calles estaban vacías y todo el mobiliario urbano, e incluso la fachada de los edificios, mostraban un aspecto tétrico.

Al fin, doblaron la esquina y se adentraron en la calle donde, un par de casas más allá, se encontraba su hogar. David redujo la marcha al ver que aún no había llegado la patrulla ofrecida

por Scott; quería asegurarse de que todo estaba como debía estar. Pero de repente pisó con todas sus fuerzas el pedal del freno, deteniendo el automóvil de manera tan brusca que Louise tuvo que estirar sus manos para no estamparse contra el salpicadero.

—¡Caray! ¿Estás loco, David? —gritó Louise.

Pero David estaba petrificado, con la mirada fija en el frente.

—No te muevas —dijo.

—¿Qué ocurre, David?

Pero este no contestó. Se bajó del vehículo y empuñó su arma. Los gritos de Louise pidiéndole explicaciones quedaban cada vez más lejos. Frente a su casa, estacionada en su misma acera, veía una camioneta que él ya conocía de antes, de la noche en la que atropellaron a Isaac Furier.

Era la misma, aunque deteriorada por el paso del tiempo. Las ruedas estaban gastadas en exceso, las llantas, oxidadas, y la pintura de la carrocería lucía sin brillo y con desconchones por todas partes. Los cristales estaban repletos de mugre que los teñía de un amarillo sucio y repelente, dejando apenas ver el interior del vehículo.

—¡No te bajes! —le gritó a su esposa. Los vecinos se hicieron eco de los gritos y comenzaron a asomarse a las ventanas. Tras echar otro vistazo alrededor de la camioneta, regresó a su vehículo con el rostro pálido.

—Es la camioneta que atropelló a ese hombre, ¿verdad? —preguntó Louise.

David Hensley miró a su esposa y asintió, inmerso en un silencio absoluto.

EL CAPITÁN SCOTT dividía su atención entre la camioneta, que estaba en uno de los compartimentos del depósito de la comisaría de Bar Harbor, y el detective David Hensley, quien observaba el vehículo mientras negaba continuamente con la cabeza.

El sol se encontraba a media altura, cincelando con su agradable calor las primeras horas del día.

—Los muchachos han trabajado durante horas, David, pero no han conseguido nada —dijo el capitán, refiriéndose al Departamento Forense, que había analizado la camioneta a fondo desde su llegada al depósito, unas cinco o seis horas atrás. David infló los carrillos y después dejó escapar el aire en un largo suspiro. Sally Lonsdale, como si participara en un cortejo, daba vueltas alrededor de la camioneta sin quitarle los ojos de encima.

—Su estado es lamentable —añadió.

—Obvio, tiene más de veinticinco años —apuntó David, provocando que el capitán Scott lo mirara de soslayo.

—¿Estás seguro? —preguntó el capitán. David lo miró ofendido—. Su estado es lamentable y ha pasado mucho tiempo desde que ocurrió.

—¿Estás bromeando? ¿Qué más necesitas para aceptar que todo esto se relaciona con Whitechapel? —Señaló al vehículo—. Esta es la camioneta que atropelló a Isaac Furier hace veinticinco años. Está más vieja, tiene los parachoques oxidados y la pintura caída, pero no me equivoco, Scott.

—Aun así, David, tenemos cosas más importantes entre manos, ¿no crees? Debemos averiguar quién está detrás del asesinato de Andrew Rebson.

—Son todas piezas del mismo rompecabezas —insistió el detective. El capitán se acercó a él y lo invitó a alejarse un par de pasos para que Sally Lonsdale no escuchara la conversación: manías que reflejaban cómo funcionaban las cosas en otros tiempos. Ella no se molestó, puesto que sabía que David se lo contaría todo después. No era un buen momento para inmiscuirse en esos detalles.

—¿Qué pretendes que hagamos? Ya hemos requisado la camioneta y no hay evidencia alguna que la relacione con el cuerpo de Andrew Rebson ni con ningún otro caso. Si aparece su dueño y le da por contratar un abogado medio decente, puede caernos una buena. Así que mantén la calma, por el amor de Dios.

—Ayer se cumplieron veinticinco años del atropello de Isaac Furier, capitán. No olvides ese detalle —agregó David, mordaz. El capitán se atusó el pelo.

—Soy consciente. Lo único que te pido es que te centres en el caso de Rebson, ¿de acuerdo? Organizaré una reunión para mañana y pediré disponer de toda la información que tengamos

sobre Whitechapel, pero no puedo permitir que nos quedemos anclados en el pasado. A lo largo de la mañana tendremos el resultado del análisis de la fotografía; a lo mejor conseguimos una huella o algo por el estilo, quién sabe.

David asintió. En el fondo sabía que, por el momento, nada más podía hacer.

—Está bien.

—Genial —dijo el capitán, satisfecho, mientras regresaban hacia donde se encontraba la camioneta—. ¿Cómo se encuentra Louise?

—Cuando esta mañana le he contado lo de Andrew se ha asustado, aunque está un poco más tranquila sabiendo que hay una patrulla vigilando la calle constantemente. Te lo agradezco, Scott.

—No tienes que agradecerme nada. Es lo menos que podemos hacer hasta que se aclare todo esto. Además, he marcado tu calle en cada uno de los turnos de patrulla.

Los detectives se despidieron del capitán y se dirigieron hacia la morgue de la comisaría, donde el doctor Markesan ultimaba la autopsia del cuerpo de Andrew Rebson. David y Sally se enfundaron en sendos trajes de plástico —para no contaminar ninguna posible prueba— y entraron en la sala, donde el doctor Markesan mostraba toda su habilidad con el bisturí. Su ayudante, un joven recién salido de la facultad, apuntaba todos los datos que el veterano forense le iba refiriendo.

—No puedo creer que esté realizando esta autopsia —dijo el experimentado doctor sin retirar la mirada del cuerpo que yacía sobre la mesa metálica, luciendo sus terribles heridas y sus maltratadas entrañas, testigo macabro de que nadie estaba a salvo en Bar Harbor.

—Por eso hay que coger a quien lo hizo cuanto antes —agregó David—. ¿Qué tienes?

El doctor asintió levemente.

—No voy a engañarte. Si el crimen hubiera tenido lugar hace veinticinco años, no tendría dudas.

—¿Whitechapel?

—Las heridas, la escena del crimen, todo parece guardar un patrón semejante. —David sintió las primeras gotas de sudor caer por su espalda—. El asesino utilizó un arma blanca; como pueden ver, el ensañamiento es evidente.

Sally Lonsdale asintió, aunque su mirada estaba fija un poco más allá del cuerpo. Nunca terminaba de acostumbrarse a un espectáculo tan horrible. Mucho más si se trataba de un antiguo compañero, alguien que había caminado por los mismos pasillos que ella, que había estado en esa misma sala como agente y no como cadáver.

—¿Alrededor de qué hora murió? —preguntó.

—Por la temperatura de su hígado y teniendo en cuenta la temperatura exterior, diría que no antes de la tarde de ayer —afirmó Markesan—. No obstante, en el informe lo detallaré todo. Estará listo esta misma tarde.

Sin embargo, David sabía que ese informe no arrojaría nada de luz al caso, aunque se lo agradeció de todas formas. Estaban saliendo de la morgue cuando David recibió una llamada del capitán Scott.

—No han encontrado nada en la fotografía. Está limpia.

—Maldita sea —rezongó David.

NO HUBO MÁS novedades hasta el día siguiente. El capitán Scott había dispuesto la reunión a última hora de la mañana, pero cambió de planes y decidió celebrarla a primera hora. Ese repentino cambio de planes era indicativo de que se habían producido novedades, y, con toda seguridad, no muy buenas.

El último en entrar en la sala fue el doctor Markesan, como acostumbraba, caminando despacio, con la espalda encorvada y el informe de la autopsia en su mano.

—Buenos días —dijo al entrar, con ese tono tan característico de quien se ve a las puertas de algo muy complicado.

Sally Lonsdale y David Hensley le devolvieron el saludo, sin embargo, el capitán Scott se mantuvo en silencio, con las manos apoyadas sobre la mesa y mirando nervioso de un lado para otro.

—Ya estamos todos.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó David. Scott frunció el ceño y comenzó a caminar por la sala.

—Esta mañana he recibido una llamada que no esperaba para nada. —Cogió aire y suspiró, como si tuviera que prepararse para continuar—. Era el padre de uno de los muchachos asesinados hace veinticinco años. Me ha preguntado si existe alguna relación entre los sucesos de los últimos días y la muerte de su hijo.

Instintivamente, David Hensley se ocultó el rostro con las manos.

—¿Qué le has contestado? —preguntó. El capitán lo miró, mordaz.

—Que claro que sí, David. Le he dicho que culpamos a un desgraciado cualquiera que encajaba con la descripción y que no podía defenderse porque, ¡oh, sorpresa!, le pasó una camioneta por encima. ¿Qué crees que le he dicho? Que no se preocupara, que se trata de una inoportuna coincidencia.

—Pero no es así, capitán —apuntó David.

Scott golpeó la mesa y señaló al detective con el dedo.

—No hubo más asesinatos tras la muerte de Isaac Furier —le recriminó. David quería rebatirle, pero no sabía qué podía decir, ya que el capitán tenía razón. El problema en sí era que la razón podía oscilar dependiendo del punto de vista de cada uno de los implicados, lo cual se traducían en que cada hipótesis de lo sucedido tenía el poder suficiente para desmontar a las demás; es decir, todo lo que rodeaba a Whitechapel era como un círculo vicioso con verdades a medias, contradicciones y suposiciones que hacían de la versión oficial un gigante con pies de barro.

—Permítanme intervenir, caballeros —dijo el doctor Markesan sin alterarse—. Aquí tengo el

informe de la autopsia del cuerpo de nuestro compañero Andrew Rebson. He comparado las heridas con la de los cuerpos de los muchachos asesinados hace veinticinco años y... —Calló unos segundos para leer atentamente el informe que él mismo había realizado—. No puedo decir que coincidan del todo. Presentan semejanzas, pero no hay indicios suficientes para afirmar que todos los asesinatos fueron cometidos por la misma persona.

Todos escucharon el suspiro de alivio del capitán Scott.

—¿Entonces no hablamos del mismo asesino? —preguntó Sally Lonsdale.

—No he dicho eso —contestó el doctor—. Obviamente, si se tratara de la misma persona, habría que tener en cuenta que han pasado más de veinticinco años desde el último asesinato. El tiempo pasa para todos, señorita Lonsdale. Estamos ante una evidencia que requiere una interpretación.

—De nuevo, sin nada —añadió David—. Pero todo parece señalar a Whitechapel: el hecho de que enviaran una fotografía a mi casa, el asesinato de Andrew Rebson y que estacionaran esa maldita camioneta un rato después. Hace veinticinco años la ciudad entera se hizo eco de lo ocurrido, fui la cara visible de todo el cuerpo de Policía en lo relacionado con el caso. Tú lo sabes mejor que nadie.

—No quiero echar sal sobre la herida, pero, David, ¿estás seguro de que se trata de la camioneta que atropelló a Isaac Furier? —preguntó el capitán como si necesitara la respuesta para dar su veredicto definitivo.

—No voy a volver a contestar esa pregunta, capitán —dijo mirándolo a los ojos—. Tengo la imagen de esa camioneta grabada en mi memoria. Puedo jurarte por mi hija que el vehículo que se encuentra en el depósito es el que atropelló a Isaac Furier.

El capitán, con evidente gesto de decepción por todo lo que ocurría, asintió solemne. Cuando David metía a su hija de por medio, no había lugar para discusiones.

—Entonces esa debe ser nuestra prioridad en estos momentos; averiguar quién estacionó la camioneta frente a tu casa, David. Hay una probabilidad bastante alta de que sea la misma persona que cometió el asesinato.

Una vez acabada la reunión, Sally y David fueron directamente al depósito de la comisaría, con la esperanza de hallar algo en la camioneta que hubiera pasado inadvertido en el minucioso registro llevado a cabo la noche anterior. En cuanto a la investigación del asesinato, el capitán Scott decidió derivar el caso a otros agentes menos involucrados emocionalmente, aunque supervisado de muy cerca tanto por David como por él mismo, prestando atención a cualquier novedad.

—No parece que haya nada que pueda sernos útil —dijo Sally Lonsdale después de fijarse con esmero en cada rincón del interior de la camioneta. David dibujó una mueca incómoda en su rostro.

—No lo entiendo. En los tiempos que corren y que no seamos capaces de sacar nada. Tiene que ser una maldita broma.

AL DÍA SIGUIENTE, David Hensley se levantó temprano, más de lo que acostumbraba. El sol aún no había despuntado en el horizonte, quedando las calles teñidas de un azul espeso mientras la oscuridad se desvanecía del cielo. Después de asomarse a la ventana y observar a los agentes que hacían guardia frente a su puerta, bajó a la planta inferior y se dispuso a preparar un poco de café.

Las perspectivas del día no eran buenas. Apenas habían avanzado en la investigación de la camioneta, pero lo peor de todo era que, una vez en la comisaría, no tendría nada por dónde empezar a trabajar. Las grabaciones de seguridad de distintos establecimientos mostraban el paso de la camioneta, aunque no podía identificarse a la persona que la conducía. En cuanto al cuerpo de Andrew Rebson, tampoco pudo llegar a ninguna conclusión. Sin embargo, para él, que contaba con el resguardo de la experiencia, ambos sucesos estaban cubiertos por la misma pátina de misterio e incoherencia.

En esas se hallaba David, tratando de encontrar un nuevo camino que seguir, cuando sonó su celular. No era buena señal recibir una llamada tan temprano y menos si era el capitán Scott quien estaba al otro lado de la línea.

—¿Scott?

—Estamos jodidos, David. Todo se está yendo a la mierda.

—¿Qué ocurre, Scott? —preguntó el detective con el corazón sobrecogido.

—¿Has visto la portada del periódico?

—Son las cinco de la mañana. Ni siquiera ha pasado el repartidor por mi calle.

—Pues yo lo tengo frente a mí, David; tengo la puta portada delante de mis narices. Se han hecho eco de la aparición de la camioneta, lo han relacionado con el crimen de Rebson y con los que tuvieron lugar hace veinticinco años. Insinúan que pudo haber negligencia policial en la declaración póstuma que acusaba a Isaac Furier de autor de los asesinatos. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto?

—¡Maldición! —David se llevó las manos al rostro y suspiró—. ¿Qué tan grave es?

—Tu nombre aparece por todas partes, David. Van a caerte muchos golpes.

—¿Tan mal pinta la cosa?

—Aún es pronto, pero la función comenzará dentro de poco.

Un rato después, David llegó a la comisaría. Era temprano y reinaba la tranquilidad entre los somnolientos agentes que estaban a pocos minutos de ser relevados por sus compañeros. Había

sido una noche tranquila. El detective fue directamente al despacho del capitán, pero se encontró con Scott hablando por teléfono. Este le hizo un gesto para que esperara. Cuando colgó, miró con preocupación al detective.

—Es la quinta llamada que recibo de un periodista. Me extraña que tú no hayas recibido ninguna.

David Hensley se encogió de hombros.

—Te has convertido en carnaza, David. Todos quieren conocer tu versión y saber qué ocurrió en la muerte de Isaac Furier —dijo el capitán—. Hay teoría para todos los gustos, y no sales bien parado en ninguna de ellas.

—Era cuestión de tiempo —respondió el detective, que echó el cuello hacia atrás y puso los brazos en jarra—. No lo hicimos bien, capitán. Tuvimos un golpe de suerte, pero ahora vamos a pagarlo con creces. No encontramos ninguna prueba que relacionara a Isaac Furier con los asesinatos.

—Pero estos se detuvieron —argumentó el capitán, aunque con voz dubitativa—. No hubo más asesinatos después del atropello.

—Hasta hace dos días —dijo David.

No obstante, el capitán le insistió en que esperara, ya que iba a intentar salvar la situación. David le dio el visto bueno, aunque no tenía muchas esperanzas en la labia del capitán. Había que conocer profundamente a Scott, algo que se lograba con el paso de los años —a veces ni eso —, para poder comprenderlo y no tomarlo como un cretino.

—Quédate en la comisaría al menos hasta que veamos el verdadero alcance de todo esto —le dijo Scott. David asintió y se fue a su mesa para revisar por enésima vez la poca información recopilada acerca de la camioneta. Se sentía incapaz de hallar sentido a todo aquello, era como darse topetazos contra un muro infranqueable. De vez en cuando alzaba la cabeza y miraba hacia el despacho del capitán, donde podía verse a este hablar continuamente por teléfono mientras gesticulaba con las manos. Mala señal, sin duda.

—Lo he oído todo en la radio mientras venía de camino, ¿cómo estás? —le preguntó Sally Lonsdale, que acababa de llegar y estaba aún quitándose el abrigo.

—No tengo ni idea de lo que está pasando, pero, aparte de eso, supongo que estoy bien.

—¿Es cierto lo que dicen, David? —Este la miró como si acabara de ver a un fantasma. No esperaba esa pregunta por parte de su compañera—. Dicen que la acusación póstuma de Isaac Furier fue negligente.

David cogió aire y suspiró. Sabía que las cosas pudieron hacerse de otra manera, pero de ahí a denominarlo negligencia había un gran salto.

—Era alta la probabilidad de que él fuera quien cometiera los asesinatos. Fue un error, lo sé, pero por aquellos días no nos pareció una idea tan descabellada.

En ese momento el capitán Scott salió de su despacho, cerrando la puerta bruscamente, expresando una rabia incontenible en su rostro.

—El padre de uno de los muchachos asesinados te envía recuerdos, detective. Están furiosos con todo el cuerpo de Policía de Bar Harbor, pero en especial contigo, David. Voy a convocar una rueda de prensa para esta tarde; no son ni las diez de la mañana y ya me va a explotar la cabeza.

—¿Qué puedo hacer, capitán? —Scott se detuvo y alzó los brazos.

—Encontrar al conductor de la camioneta. Es el único que puede arrojar algo de luz a todo esto.

TAL y como David Hensley había previsto antes del amanecer, aquel día no fue de los mejores de su vida. A la presión asfixiante de la prensa se le sumó la de los familiares de los muchachos asesinados, cuyas heridas se habían reabierto con las publicaciones de los periódicos. Exigían con ferocidad que resolvieran todas sus dudas, surgidas de pronto, acerca de la muerte de sus hijos. Incluso frente a la comisaría, la presencia de uno de los padres originó un pequeño tumulto. Un hombre que rozaba los sesenta años pedía a voces que el detective David saliese a dar la cara.

Este, aprovechando un descuido de los periodistas que se agolpaban alrededor de la comisaría, pudo salir sin mayores problemas y dirigirse a su casa sin que nadie lo persiguiera.

—No eres ningún cobarde, David —le insistía su esposa, respondiendo a los alegatos autodestructivos del detective—. Comprende que hay muchos sentimientos de por medio. Imagina que la muerte de Helen estuviera en entredicho y la prensa se entrometiera.

David asintió con pesar, como si le costara dar la razón a Louise. La muerte de su hija había dejado poco lugar para las dudas. Una mina, en un pueblo perdido de Afganistán, mientras su pelotón trataba de reorganizarse tras una emboscada, puso fin a su vida. De haber pisado más a la derecha o a la izquierda de la mina, quizás estuviera esa tarde allí con ellos, tratando de animar al carcamal de su padre después de que un error cometido hace veinticinco años lo dejase al borde de un precipicio.

—Parece que el destino se hubiera confabulado para señalarme —dicho esto, David observó los periódicos que había sobre la mesa—. Otra vez.

—Los saqué de la buhardilla. Pensé que podrían serte útiles.

Louise se refería a los periódicos que guardaban de esos días en los que su marido fue un héroe para Bar Harbor, hacía ya veinticinco años. El detective los comparó a esos bultos inofensivos que con el paso de los años acaban convirtiéndose en un cáncer. Cogió uno de ellos y lo observó con nostalgia y reticencia. Compartía la portada con una remontada épica de los Red Sox. El titular, sobre una fotografía suya en la que apenas se le reconocía y en la que aparecía vestido de uniforme, rezaba:

«JOVEN AGENTE DE POLICÍA PONE FIN A SEMANAS DE TERROR EN BAR HARBOR»

Abrió el periódico y buscó el reportaje donde se hablaba más extensamente de ese «joven agente».

—Esto es de locos. Apenas se le da importancia a que el conductor de la camioneta se hubiera dado a la fuga.

Pero la sorpresa de David fue mayor cuando leyó en otro ejemplar una columna de opinión en la que se dejaba claro que el atropello de Isaac Furier había sido un acto de justicia divina.

—No puedo creer que formara parte de todo esto.

—Eran otros tiempos, David. Los nervios estaban a flor de piel en la ciudad debido a los asesinatos —dijo Louise.

—Pero ha muerto otra persona, un compañero nuestro. ¿Cómo pudimos hacer algo así?

Su esposa agachó la mirada y guardó silencio. Pese a que el apoyo a su marido no tenía fisuras, su razón no podía negar lo mal que se actuó para resolver el caso, basándose en una única evidencia, que no se cometieron más crímenes tras la muerte de Isaac Furier.

—¿Se sabe algo de la fotografía? —preguntó Louise queriendo desviar un poco la conversación. David negó con la cabeza. Casi había olvidado ese asunto.

—No hay huellas ni nada que podamos utilizar.

—¿Sospechas de alguien?

—Estamos casi convencidos de que ha de ser la misma persona que dejó la camioneta estacionada ahí afuera. Sea quien sea parece que deseaba ponerme en el centro de todas las miradas.

Louise reflexionó unos segundos.

—Puede tratarse de algún familiar de Isaac Furier que quiera lavar su nombre.

David asintió.

—Hemos estudiado esa posibilidad, pero Isaac era hijo único. Sus padres vivían en Waterboro cuando fue atropellado. Ni siquiera se hicieron cargo del cuerpo. Murieron hace años.

—En ese instante el detective recordó algo y se incorporó—. ¿Son las seis ya?

Su mujer frunció el ceño y miró el reloj que colgaba de la pared.

—Faltan un par de minutos. ¿Por qué?

Sin contestarle, David se levantó y encendió el televisor.

—El capitán Scott va a dar una rueda de prensa.

LA SALA de comunicación de la comisaría de Bar Harbor estaba a rebosar de periodistas, cámaras y fotógrafos. El capitán Scott, que esperaba para entrar, observaba a través de la cortina metálica la expectación que se había levantado en torno a la camioneta y al cuerpo aparecido en la linde del bosque.

—¿Estás seguro? —preguntó Sally Lonsdale. El capitán asintió sin tenerlas todas consigo.

—Vamos a terminar con esto de una vez.

Abrió la puerta de la sala y cayó sobre él toda una lluvia de *flashes* y preguntas. Sally Lonsdale lo siguió, pero se quedó en el umbral. Aquella marabunta de periodistas sedientos le daba pánico. En las últimas horas, la detective había estado ojeando los informes de los asesinatos, así como la acusación a Isaac Furier, pero se sentía incapaz de argumentar nada sobre el caso, y menos a un periodista sagaz, dispuesto a conseguir un sustancioso titular de sus labios.

—Buenas tardes a todos —dijo el capitán Scott desde el atril que presidía la sala. David y Louise, desde casa, miraban la televisión sin pestañear.

—Comparezco hoy ante los medios en relación con los últimos y desagradables sucesos que han tenido lugar en la ciudad, y la posible implicación de los mismos respecto a los crímenes cometidos en 1994.

En los minutos siguientes el capitán expuso la versión oficial de los hechos, trató de limpiar la imagen de David y aseguró que en esos momentos no existía evidencia alguna para reabrir los casos de asesinato ocurridos hace veinticinco años. En su opinión, el capitán Scott consideró que había pronunciado un discurso convincente y sin fisuras, que contentaría a todo aquel que lo escuchase y que les permitiría pasar página. Sin embargo, en cuanto ofreció la posibilidad de contestar algunas preguntas, descubrió que no había sido así.

—¿No le parece extraño que se haya cometido un asesinato y horas después aparezca una camioneta frente a la residencia del detective David Hensley? —preguntó un periodista, extendiendo la mano con la que sujetaba su teléfono móvil a modo de grabadora. El capitán hizo el amago de contestar, pero otro periodista tomó la delantera.

—¿Por qué se ha dispuesto una continua vigilancia en torno a la residencia del detective Hensley?

—¿Guarda relación el asesinato del exagente Andrew Rebson con los demás crímenes?

—¿Es cierto que ha rechazado reunirse con los padres de los jóvenes asesinados? —preguntó otro, hasta que aquello se convirtió en una cascada de preguntas que se le fue de las manos al capitán. Sally Lonsdale, deslizado el dedo pulgar por su cuello, le indicó que era el momento de finalizar aquello.

—Esto es todo por ahora —dijo Scott, aunque su voz apenas sonó entre la turba de preguntas,

el ruido de las cámaras y el ajetreo general que se había producido.

—Saca a todos los periodistas de la comisaría —ordenó el capitán a un agente antes de dirigirse a su despacho. Sally Lonsdale caminaba tras él.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó.

—No tengo la menor idea. Llama a David.

La detective obedeció y, ya en el despacho del capitán y con la puerta cerrada, puso su móvil en altavoz.

—¿Sally? —contestó el detective.

—La cosa pinta fea, David —dijo el capitán, encendido como una bombilla.

—Lo sé. He visto la rueda de prensa.

—Quieren que reabramos los casos; no van a parar hasta que lo hagamos.

—Es lo más razonable —apuntó Sally.

—Explícate —replicó su compañero.

—¿Qué ocurrirá si hay otro asesinato? Si quien ha dejado la camioneta frente a tu casa hace cualquier otra cosa, quedaremos expuestos y a ti, David, te costará caro.

Se produjo un silencio sepulcral en el despacho.

—Si abrimos los casos, te necesitare al cien por cien, David —dijo el capitán Scott.

—Cuenta con ello.

—Ah, y dile a Louise que tenga mucho cuidado. No sabemos a qué nos enfrentamos directamente. Quien esté detrás de todo sabe moverse bien y pasar desapercibido.

—Descuida —dijo David—. Hablaré con ella ahora mismo. ¿Cuándo vas a dar la noticia?

—En cuanto te tenga en la comisaría.

Louise advirtió que las cosas no iban bien. La rueda de prensa de Scott había sido un desastre y David parecía contrariado después de la conversación que mantuvo por teléfono.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó con delicadeza.

—Vamos a reabrir los casos de asesinato —le contestó, acercándose a ella y estrechándole las manos—. No quiero que corras ningún peligro.

—Estaré bien.

—Sé que sabes cuidarte, pero me quedaría mucho más tranquilo si te marcharas con tu hermana hasta que todo esto pase —dijo David. Louise mostró una repentina desilusión.

—¿Tan grave es, cariño?

—No sabría decirte, pero no podría perdonarme que te ocurriera algo. Tu hermana vive en una de esas urbanizaciones de ricachones en Bangor; allí estarás segura.

—Supongo que será lo mejor.

—No será mucho tiempo, te lo prometo.

Se fundieron en un cariñoso abrazo.

—¿Me prometes que tendrás cuidado? —dijo Louise. David la besó.

—Te lo prometo. Serán tan solo un par de días. Al fin y al cabo, no soy tan mal detective, ¿no?

—Los he visto mejores.

Rieron con complicidad antes de besarse de nuevo.

EL CAPITÁN SCOTT había aprendido la lección de lo ocurrido en la nota de prensa, así que para evitar verse otra vez emboscado por los periodistas, decidió enviar varias notas de prensa aclarando que reabrirían los casos en aras de no dejar ningún cabo suelto —si es que lo hubiera— y para hacer que el culpable pagara por sus crímenes; en el supuesto caso, claro está, de que se demostrara que Isaac Furier era inocente.

—Bien, ya no hay vuelta atrás —comentó el capitán—. ¿Estás seguro de que ha sido buena idea, David?

Él, que apuraba un refresco, asintió. Le había sugerido a Scott que informara a la prensa de que se pondría al frente de los casos.

—Si alguien tiene que cargar con la culpa, seré yo.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Sally Lonsdale.

—Habrá que revisar el dossier de cada uno de los casos. Están todos en el archivo, si no me equivoco —aclaró David.

—Así es —afirmó Scott—. Mañana a primera hora estarán en tu mesa.

—Estupendo.

Al día siguiente, tanto Sally Lonsdale como David Hensley fueron de los primeros en llegar a la comisaría. El capitán Scott no se demoró mucho, quejándose de un dolor de espalda que no le dejaba pegar ojo, aunque David lo conocía lo suficiente como para saber que el motivo de su desvelo era el mismo que el suyo: Whitechapel.

Estudiaron los informes de los casos, de los que David y Scott conocían hasta el último detalle, obteniendo las mismas conclusiones de hace veinticinco años. Ni siquiera los ojos jóvenes de Sally Lonsdale aportaron algo de luz al caso.

—Volvemos a encontrarnos en una ratonera —dijo David, decepcionado.

—Por las características de los asesinatos, no estamos ante un criminal minucioso, ni un psicópata que siga un patrón alguno —añadió Sally.

—Todos son jóvenes. A todos les habían robado el dinero.

—Podemos suponer que el asesino necesitaba ese dinero —argumentó Sally—. Tal vez, un drogadicto que necesitaba pagar su próxima dosis. La heroína pegaba fuerte por aquellos años.

—Ahí tenemos a Isaac Furier —dijo David—. Era un drogadicto que vagaba por el condado. Se mantenía a base de pequeños hurtos y tráfico menor de drogas. No obstante, meses antes del atropello fue arrestado por participar en un robo con violencia, aunque no fue condenado. A las pocas semanas estuvo involucrado en una pelea de indigentes en una fábrica abandonada de Portland. Podríamos decir que nuestro chico se estaba haciendo un hombre.

—Desde luego, su abogado no la hubiera tenido fácil en el juicio —concluyó Sally.

Necesitados de un poco de aire fresco, optaron por visitar cada una de las escenas del crimen pese a que ya no podrían encontrar nada allí que les esclareciera el asunto. Salieron por la puerta trasera de la comisaría —la puerta principal estaba repleta de periodistas— y se dirigieron hacia la primera escena.

—Nunca me acostumbraré a conducir un vehículo como este —le dijo Sally a David, que iba recostado en la parte de atrás para evitar ser visto.

—¿Qué le ocurre? —preguntó David orgulloso de su querido SUV.

—Mi padre tiene un todoterreno. A veces lo conduzco cuando voy a visitarlo. No sé, es una sensación extraña.

—¿Te recuerda a tu padre? —Para sorpresa de David, Sally comenzó a reír a carcajadas—. ¿Qué sucede?

—Es como comparar a un tigre con un gato, David —le respondió pisando el acelerador para hacer rugir al motor—. Aunque es un gato precioso.

Continuaron con la distendida conversación hasta que el detective indicó que habían llegado al lugar que mostraba la fotografía que le enviaron a su casa: Village Lane. La fotografía mostraba un paisaje verde, bañado por el sol y donde resaltaba el azul del océano. Sin embargo, desde donde observaban David y Sally, aquel idílico paisaje había sido alterado por una gasolinera abandonada y varias edificaciones a medio construir, de las que solo levantaron sus grises cimientos.

—Apareció en lo que es hoy la gasolinera. Hace veinticinco años tan solo había una valla metálica que cercaba el terreno. El cuerpo se hallaba entre esas piedras. —Después se giró y observó el paisaje que había al otro lado de la carretera—. La fotografía debieron tomarla desde allí, más o menos.

Sally Lonsdale siguió con la mirada las explicaciones de David como si se tratara de una aventajada alumna. El detective le relató todos los detalles acerca del día que encontraron el cuerpo del muchacho, las brutales heridas que presentaba en el dorso, el desconcierto en el rostro de todos los compañeros que acudieron. Pero David aseguró que lo que más le erizaba la piel era recordar el silencio absoluto en torno a la escena del crimen; el arrogante susurro de la brisa, que se mostraba ajena al dolor y la estupefacción de los que allí se encontraban.

EL CUERPO de Kelly Hapman giraba sutilmente sobre sí mismo, silencioso, ausente de vida. Una tosca cuerda estrechaba su cuello y mantenía sus pies unos pocos palmos por encima del suelo, ejecutando un baile lento y penoso. La poca claridad que entraba por las ventanas realzaba la oscuridad del interior. El equipo de criminalística tuvo que traer un par de focos halógenos para alumbrar la escena; una luz blanca e intensa que daba a todo un aire espectral.

—Habrá que esperar la autopsia, pero parece un caso claro de suicidio —dijo Jackson con el tedio de lo rutinario. En este tipo de casos había más procedimientos burocráticos que investigación en sí, cosa que detestaba. Howard Jackson pertenecía al Departamento de Homicidios y casos como el de Kelly Hapman los solían adjudicar a los más novatos. Pero el capitán Scott había movilizado a todo el cuerpo para solucionar lo antes posible el caso relacionado con el detective David Hensley, afectando a todos los departamentos, por lo que no quedaba más remedio que amoldarse a la situación.

—¿Quiere que hablemos con su hermano? Él la encontró esta mañana —dijo el joven detective Roy Sacala, que no podía evitar su entusiasmo. Jackson chasqueó los labios y le hizo un gesto a su compañero.

—Todo tuyo. Te vendrá bien. Recuerda que puede estar muy afectado, por lo que trata de ganarte primero su confianza y escoge las preguntas adecuadas. Yo te esperaré afuera.

Roy asintió, sacó una pequeña libreta y un bolígrafo de su bolsillo y se dirigió a la habitación contigua, donde el hermano de Kelly Hapman estaba siendo atendido por personal sanitario. Roy se acercó lentamente hasta situarse a poco más de un metro y repasó las preguntas en su cabeza antes de llevarla hasta su lengua.

—¿Es usted Bob Hapman? —preguntó. El primer paso de cualquier investigación es confirmar lo evidente. Bob, que en ese momento recibía una dosis de oxígeno a través de una mascarilla conectada a una bombona, asintió. Roy se fijó en él: era un hombre maduro, quizás maltratado en exceso por la vida. Sus marcadas facciones resaltaban incluso bajo la mascarilla—. ¿Se encuentra mejor?

El hermano de la víctima asintió de nuevo.

—Verá, Bob, necesito hacerle unas preguntas. ¿Se encuentra en condiciones de dedicarme unos minutos?

Una vez más, y en completo silencio, como si su voz fuese aquel ruido constante de la bombona liberando el oxígeno, asintió.

—¿A qué hora encontró el cuerpo? —preguntó Roy, dividiendo su mirada entre la libreta y el hombre.

—No recuerdo la hora exacta. Pocos minutos antes de llamar a la policía. Fue lo primero que

hice —dijo Bob con dificultad. Roy se sintió incómodo. El ruido de la bombona de oxígeno le recordaba a su padre, que falleció hacía un par de años de cáncer de pulmón.

—¿Su hermana le mencionó recientemente que tuviera algún problema?

—Jamás —contestó mientras movía la cabeza de izquierda a derecha.

—¿Hace cuánto tiempo no la veía?

—Muchos años. Trabajo en Howland y vengo poco a Bar Harbor.

Minutos después Roy salió al jardín en busca de Jackson, que apuraba un cigarrillo mientras paseaba de un lado a otro. En la calle, tras el cordón policial, algunos vecinos miraban con curiosidad y recelo al mismo tiempo. Hilderus Park, donde se encontraba la casa de los Hapman, no era uno de los mejores barrios de la ciudad. Abundaba el tráfico de drogas y la prostitución, y muchas de las casas abandonadas eran utilizadas por los drogadictos como fumaderos. En palabras de Jackson, Hilderus Park era el culo de la ciudad, pero todo el mundo necesitaba uno, así que había que aguantarse.

—¿Qué has conseguido, muchacho? —le preguntó.

—Poca cosa. El hermano dice que llegó esta mañana de un viaje y encontró el cuerpo. Llamó después a la policía y aquí estamos. —Jackson observó con ternura las ansias de Roy por verse involucrado en una investigación de envergadura, mucho más allá de suicidios, peleas entre vagabundos o accidentes en la autopista. Le recordó a él cuando entró al cuerpo, unos diez años antes de encontrarse ambos en el jardín de los Hapman. Eran otros tiempos, pero la ilusión era la misma y hasta Hilderus Park seguía siendo la misma mierda que entonces.

—Suele ser lo habitual. La mayoría de los suicidios suelen pillar por sorpresa a los familiares. «No estaba tan mal», dicen, o «teníamos planes». Es algo común. Es parte del egoísmo humano. ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo ha podido dejarnos así? Sí, eso dicen.

—Sí, claro.

Jackson miró su reloj, esperaba que pudieran marcharse lo antes posible.

—Deben estar a punto de levantar el cadáver. Esperaremos a que el doctor Markesan confirme el suicidio y a otra cosa.

EL CAPITÁN SCOTT experimentó una sensación cercana al infarto cuando, a través de las cortinas metálicas de su despacho, vio a los agentes de la oficina arremolinarse en torno al televisor. Algo había ocurrido. Y con toda seguridad, tal y como estaba discurriendo la mañana, nada bueno.

—Tiene que ver esto, capitán —dijo el agente que irrumpió en su despacho minutos después.

—¿Qué sucede? —preguntó. Tenía los brazos sobre la mesa, agarrotados por la tensión. En torno a sus ojos había una ligera oscuridad que hacía patente su mal humor.

—Los periodistas han seguido a David Hensley y a Sally Lonsdale. Fueron a ver una de las escenas de los crímenes de Isaac Furier y los han emboscado sin miramientos. Los detectives no han dicho ni una palabra y han escapado como pudieron. Ahora están repitiendo las imágenes una y otra vez. En el televisor, David Hensley y Sally Lonsdale se marchaban apresurados al descubrir que estaban siendo grabados. La grabación se interrumpe nada más llegar al vehículo, entonces volvía al principio de la secuencia. Al pie de las imágenes, un titular añadía un toque de rigor periodístico: «¿HA REGRESADO EL ASESINO QUE ATORMENTÓ BAR HARBOR HACE VEINTICINCO AÑOS?».

Sin pronunciar ni una sola palabra, el capitán Scott cerró los ojos y agachó el rostro. Las cosas estaban fuera de control y no hacían más que complicarse. Por si no hubiera pocos problemas, esa misma mañana había recibido varias llamadas del alcalde —cada cual más tensa—, exigiéndole que le pusiera fin a aquel espectáculo tan bochornoso que no hacía más que ensuciar el nombre de Bar Harbor por todo el país, como si él fuera el culpable de lo que estaba ocurriendo. Toda esta palabrería tenía para él una traducción mucho más simple y desoladora: reducción de presupuesto de cara al próximo año. Al menos, con la marcha temporal de Louise a Bangor se había ahorrado un par de turnos extra.

—No quiero que se hagan declaraciones, ¿entendido? —susurró Scott.

—Entendido, capitán.

—Ni un puto buenos días a esos periodistas. A partir de ahora no existen para ningún miembro del cuerpo de Policía de Bar Harbor, a no ser que quieran reorientar su futuro profesional a cajero de supermercado.

El agente, que no estaba dispuesto a que el capitán se desahogara con él, asintió cada una de sus órdenes, le agradeció, no supo el qué, y salió del despacho a toda prisa.

No pasó mucho tiempo hasta que el SUV se introdujo a toda velocidad en el estacionamiento subterráneo de la comisaría, seguido por otro par de vehículos que se quedaron tras la valla de seguridad. Sin perder tiempo, David Hensley y Sally Lonsdale subieron hasta la planta principal de la comisaría, donde fueron recibidos con palabras y gestos de apoyo. Sin embargo, David, sin prestar mucha atención a lo que ocurría, se encaminó hacia el despacho del capitán Scott, quien

lo esperaba en el umbral de la puerta con el rostro tenso y malhumorado. Sally Lonsdale, que no estaba tan afectada por lo sucedido, decidió sumergirse entre los informes de los casos para tratar de sacar alguna conclusión.

—Me ha pillado por sorpresa tanto como a ti —le dijo Scott como si tratara de excusarse. David suspiró.

—Louise me ha llamado para decirme que me ha visto por el canal siete.

—¡Madre de Dios! —exclamó Scott. El canal siete, aunque copaba la mayoría de su audiencia en Maine, era de ámbito nacional—. ¿Ha causado mucha repercusión en Bangor? ¿Qué te ha dicho Louise?

David hizo un gesto de indiferencia.

—No tardaremos mucho en averiguarlo.

El capitán asintió, solemne, mientras su mirada se perdía más allá de las paredes del despacho, atravesando las cortinas metálicas y fijándose en los agentes que trabajaban en sus mesas: atareados pero tranquilos, sin la responsabilidad de mandar sobre nadie más. A veces Scott echaba de menos esa tranquilidad.

—¿Hay novedades en el caso de Rebson? —preguntó David.

—Ni siquiera recuerdo ahora quién lleva el caso. Han encontrado otro cuerpo y he tenido que reorganizar el departamento.

—¿Otro asesinato? —volvió a preguntar David esta vez sobresaltado.

—Nada relacionado con Whitechapel. Un suicidio; creo que se encarga Jackson —dijo el capitán moviendo papeles de un lado a otro de su mesa. David suspiró aliviado—. En cuanto al cuerpo de Rebson, están revisando las grabaciones de las cámaras de las carreteras más cercanas al lugar y buscando a posibles testigos. ¿Te lo traduzco? No tienen nada.

—Era una opción para que la prensa nos diera tregua.

—Descarta esa opción —sentenció Scott, que estaba cada vez más alterado—. Concéntrate en encontrar una pista que seguir, algo que nos permita tirar del hilo, si no me veré poniendo multas o trabajando como seguridad del centro comercial.

—Lo encontraremos, no te preocupes —afirmó David—. Pero necesitamos que nos quites a la prensa de nuestro camino.

—Este es un país libre, detective. No puedo hacer eso.

—No podemos trabajar con las cámaras pegadas a nuestras espaldas. Seguramente habrán apuntado la matrícula de mi vehículo y de todos los de la comisaría. Necesitamos algo que no les llame la atención para poder movernos por la ciudad.

Scott sabía que David tenía razón, pero eso no lo ayudaba a digerir el hecho de tener que buscar otro vehículo de manera inmediata. No era el tipo de cosas que salieran precisamente baratas.

—Veré lo que puedo hacer.

DAVID HENSLEY y Sally Lonsdale pasaron el resto del día leyendo informes y revisando todo lo que tenían acerca de los asesinatos asociados a Whitechapel. Sus mesas eran todo un muestrario de hojas y fotografías, de los que pretendían extraer algo que se hubiera pasado por alto la última vez. La detective se quedó sorprendida de que David conociera hasta el último detalle de cada uno de los informes: se los sabía de memoria.

—No encontraremos nada —dijo David con frustración. Cada año, casi en la misma fecha, repasaba los expedientes. Sally Lonsdale, después de un rato, reafirmó la opinión de su compañero.

—¿Y si hubo más de un asesino? Estamos centrando toda la investigación en la suposición de que todos los asesinatos fueron cometidos por la misma persona, pero ¿y si fueron más?

David se giró hacia ella.

—Te escucho.

El detective ya había barajado esa posibilidad, había barajado todas las posibilidades al respecto y, de todas ellas, la opción de Isaac Furier continuaba siendo la más razonable.

—Las únicas declaraciones que podemos relacionar con el asesino fueron las realizadas por los conductores que vieron la camioneta cerca del joven de la bicicleta. Sin embargo, esto no nos dice nada. No hay ningún testimonio acerca de la presencia de ninguna camioneta en los otros dos crímenes. En cuanto a la camioneta que atropelló a Isaac Furier y que ha aparecido frente a tu casa, no tenemos constancia de que sea la descrita por los testigos de entonces.

—Pero las heridas son semejantes en los tres cuerpos. Tenemos un patrón. Por no mencionar el posterior robo de las víctimas. No hay nada que nos lleve a pensar en esa posibilidad.

Sally Lonsdale asintió decepcionada.

—¿Cómo podemos enfocarlos entonces? —preguntó.

David la miró y se quedó callado. Por primera vez en su carrera sentía el miedo que produce no saber qué hacer, cómo reaccionar. Incluso sus propios pensamientos se interponían, causándole más confusión. No le preocupaba haber inculcado a un hombre inocente como Isaac Furier —no aspiraba al Nobel de la Paz precisamente—, pero era superior a él saber que el verdadero asesino seguía libre, que había vuelto a matar y que podía volver a hacerlo en cualquier momento.

—Quiere algo de mí. Cómo explicar, si no, la fotografía y la camioneta estacionada frente a mi casa. Tengo dos teorías: la primera es que quien dejó la camioneta y la carta en mi casa tiene la certeza de que Isaac Furier no es el asesino y que cometimos un error, lo que no explicaría el asesinato de Andrew Rebson; y la segunda es que se trate del propio asesino.

—¿Por qué iba a estar resentido el asesino contigo? Si aceptamos que Isaac Furier es

inocente, el asesino detuvo sus crímenes por su propia voluntad —dijo Sally—. Es más, podría haber cometido otro asesinato después de que acusaste a Isaac Furier. ¿Para qué esperar tantos años?

David entornó los ojos y apoyó la cabeza sobre el respaldo.

—Como el capitán te vea con los ojos cerrados te lo descontará del sueldo —dijo Jackson, que se había detenido frente a David y lo observaba con los brazos cruzados. Masticaba un Mintbloom, unos chicles gigantes de menta casi del tamaño de una pelota de golf. Sally Lonsdale no soportaba el ruido de Jackson al masticar; era superior a ella.

—Por el amor de Dios, Jackson —dijo la detective—. Podrían escucharte en Portland.

—Son los únicos que me quitan las ganas de fumar —se excusó este.

A David le recordó al ruido que hacen unos huevos al batirlos.

—Necesito una mano —dijo Jackson alzando una carpeta.

—Scott me dijo que tenías un suicidio —dijo David.

—Eso parece, pero creo que deberías echarle un vistazo a este informe. Sé que estás liado con todo lo que está pasando, pero me gustaría contar con tu opinión.

—¿Estás seguro? Últimamente no ando muy acertado —bromeó David. Jackson esbozó una sonrisa.

—Correré el riesgo. Sigues siendo un buen detective pese a todo.

—Lo miraré en cuanto pueda —añadió David.

—Markesan tendrá listo el informe de la autopsia mañana a primera hora, por lo que aún tardaremos un par de días en cerrar el caso.

Dicho esto, se alejó mascando con estrépito su Mintbloom mientras Sally Lonsdale negaba con la cabeza y ojeaba el informe que Jackson había dejado sobre la mesa de David.

—No sé cómo puedes soportar ese ruido.

—Quéjate a Recursos Humanos —contestó David.

—Muy gracioso —dijo Sally ojeando el informe sobre Kelly Hapman—. Parece un claro caso de suicidio. Se ahorcó. El cuerpo lo encontró su hermano, que había regresado de un viaje. Nada fuera de lo normal. A simple vista, claro.

Sin embargo, David mantenía el ceño fruncido.

—Si Jackson me lo ha dicho es por algo. Lo conozco bien, son muchos años trabajando juntos y no pide consejos por nada.

—¿Quieres leerlo ahora? —preguntó Sally ofreciéndole el informe.

—No, por favor. Me va a explotar la cabeza. Déjalo en la mesa.

A MEDIANOCHE REINABA una tranquilidad tensa en la comisaría de Bar Harbor. Junto a la puerta permanecía un retén de periodistas, becarios en su mayoría, atentos a cualquier novedad que se produjese en los casos relacionados con los asesinatos. Vigilaban desde el interior de sus vehículos, abusando de refrescos y cigarrillos para evitar quedarse dormidos. En el edificio, los agentes del turno de noche que no habían salido a patrullar cumplían con sus labores administrativas con pausa, veían la televisión o dormitaban hasta que les tocara responder a un aviso o relevar a sus compañeros en la patrulla.

El despacho del capitán Scott estaba a oscuras: se había marchado hacía pocos minutos. Apenas pudo despegarse del teléfono en todo el día —periodistas, familiares de las víctimas, el propio alcalde—, todos querían dar su opinión e imponer su propio criterio en cuanto a la investigación se refería, y él, que quedaba en medio, trataba por todas las vías de equilibrar las relaciones: los periodistas estaban sedientos de información y, sobre todo, por una entrevista de alguno de los implicados; los familiares querían que no se escatimaran en gastos; y el alcalde exigía que Scott capease el temporal lo más rápido posible y cerrase los casos cuanto antes. Hubo momentos del día en los que el capitán Scott no sabía ni con quién hablaba.

—Creo que es suficiente por hoy, ¿no te parece? —dijo Sally Lonsdale.

—Puedes irte cuando quieras, Sally. Yo me quedaré un rato más —insistió David. Sally miró el reloj: las doce y media.

—Entonces voy a marcharme. Necesito desconectar de todo esto —dijo mientras recogía sus cosas.

—Ten cuidado con los periodistas —dijo David.

—La estrella eres tú, ¿lo has olvidado?

David asintió con una sonrisa fingida, aunque Sally se mostraba más seria.

—Si te preocupa que te vean, podemos salir en uno de los automóviles de la brigada.

La brigada era como se referían a los agentes de incógnito que patrullaban las calles de Bar Harbor como si de civiles se tratasen. Normalmente se ocupaban de casos menores, más enfocados en el orden público que en la investigación en sí.

—Puedes ir en el maletero.

—Todavía me queda dignidad —señaló David con una mueca—. Además, Scott me ha confirmado que el municipio va a cedernos un vehículo de limpieza para que podamos movernos sin problemas por la ciudad.

—Qué derroche por su parte —dijo Sally.

—Lo más seguro es que tengamos que pagar la gasolina de nuestro propio bolsillo.

—Como en la persecución hasta Ellsworth. ¿La recuerdas?

David sonrió con nostalgia. Consideraba que Sally Lonsdale tenía la habilidad para saber cuándo necesitaba un respiro, y la persecución hasta Ellsworth era lo idóneo para echar unas risas y olvidar por unos minutos Whitechapel.

—Scott casi sufre un infarto —recordó David.

—¡Los de las patrullas a pie! ¡A pie! —exclamó Sally Lonsdale imitando al capitán. No hace muchos años se produjo el robo de un automóvil justo enfrente de la comisaría, por lo que tras el delincuente salieron casi todas las patrullas disponibles en ese momento. Cuando regresaron y pasaron los recibos de la gasolinera, el capitán Scott obligó a la mitad de los agentes a realizar sus patrullas a pie durante tres días para equilibrar aquel gasto extraordinario.

—Todavía lo recuerdo con los recibos en la mano y gritando como un loco —dijo David. Sally sonrió y bostezó justo después—. Vete a descansar. Dios sabrá qué nos espera.

—Sé más positivo y descansa un par de horas al menos.

—Hasta mañana, Sally.

Ella tenía razón. Llevaban tantas horas revisando los expedientes, analizando la información, repasando las fotografías que la mente no les daba para más. Sin embargo, con su mujer en Bangor, tenía poca motivación para regresar a casa. Precisamente, había mantenido una conversación con ella antes de cenar un sándwich frío y un refresco *light*.

—No tenemos nada, Louise. Es como remar sobre el lecho seco de un río. No avanzamos.

—¿No hay nada que se pueda hacer con la tecnología que tenemos hoy en día? Han pasado muchos años desde la última vez.

David chasqueó los labios.

—Hemos cotejado algunas huellas parciales, pero no hemos conseguido nada. La camioneta está limpia, la fotografía también.

—¿Y sobre el pobre Andrew Rebson?

—Nada por ahora. Todo parece indicar que los hechos están relacionados, pero en este momento no tenemos ninguna evidencia de ello. Son todo suposiciones, y mientras tanto rezamos para que no se cometa otro asesinato.

—Eso sería terrible —afirmó Louise.

—Peor incluso.

David advirtió que, tras los cinco minutos de conversación que llevaban ya, no le había preguntado ni una sola vez por ella.

—¿Tú estás bien?

—Sí, tranquilo.

—No has visto nada extraño, ¿verdad?

—¿Crees que no te lo habría dicho?

—Lo siento, ha sido una estupidez —dijo David—. Estoy cansado y no sé ni lo que estoy diciendo.

—No te preocupes, pero tienes que descansar. Prométemelo. Si no, llamaré a Scott para que me cuente la verdad.

David esbozó una mueca.

—No creo que te coja el teléfono —le respondió mirando hacia el despacho del capitán, vacío y oscuro.

—Ya sabes lo que quiero decir. Esfuérzate todo lo que puedas, pero no eres un superhombre: tienes que descansar de vez en cuando.

Con estas palabras en su cabeza, David comenzó a experimentar cierta pesadez en los ojos. Habían pasado cuatro horas desde que habló con su mujer y pensaba que era buen momento para

cumplir con lo prometido. Era inútil obcecarse. Además, no sería la primera vez que resolvía un caso de camino a casa o cuando estaba a punto de acostarse. A veces había que liberar la mente, pensó. Sin embargo, el recuerdo de los periodistas que estaban de guardia en el exterior y el hecho de que su esposa estuviera a cientos de kilómetros le quitaron las ganas de regresar a casa. Así que cogió el informe del suicidio de Jackson —nada como un informe casi resuelto para coger el sueño— y se fue a la sala de descanso. El sofá no era el más cómodo del mundo, pero servía. Ahí se tumbó y comenzó a leer el expediente.

Kelly Hapman se llamaba la mujer que se ahorcó en el salón de su casa. No vivía con nadie más; estaba soltera. Los ojos de David comenzaron a entornarse. No había nada en el informe que le hiciese dudar de la veracidad del suicidio. El cuerpo lo encontró su hermano, Bob Hapman, que, según su testimonio, había regresado a Bar Harbor después de una larga ausencia. Tuvieron que medicarlo, ya que descubrir el cuerpo de su hermana lo había alterado mucho. Los pensamientos de David perdieron el contacto con la realidad por un instante, tiempo en el que todo se volvió oscuro. Estaba a punto de dormirse, pero hizo un último esfuerzo por leer una línea más aunque apenas fuera capaz de prestar atención. Finalmente, se quedó dormido.

Lo despertó el rumor seco y monótono de la máquina de café, que resonaba en el silencio de la sala. Sintió el inconfundible frío de quien no ha descansado lo suficiente, por lo que apenas abrió los ojos. El reloj que colgaba de la pared de enfrente señalaba dieciséis minutos para las cinco, por lo que cerró los ojos de nuevo y se acurrucó en el sofá. Era temprano. Sobre su pecho tenía desparramadas las hojas del informe del caso de Kelly Hapman, aunque unas pocas se habían caído al suelo. Dispuesto a sumergirse de nuevo en el sueño, de repente sintió pasos cerca, acompañados de ruidos de hojas: el agente que fue en busca del café se habría puesto a recoger las hojas del suelo, pensó. Continuó con los ojos cerrados, convencido de que podía alargar su descanso una hora al menos. Fue entonces cuando escuchó un suspiro que le era familiar; demasiado familiar.

—¿Capitán Scott? —preguntó todavía con los ojos cerrados.

—Él mismo —contestó mientras leía algunas hojas del informe del suicidio—. Menudo recibimiento.

David abrió los ojos definitivamente y se incorporó para sentarse mientras trataba de poner un poco de orden en el expediente.

—¿Estás aburrido con todo lo que tienes encima, David? —preguntó Scott—. ¿Por qué tienes el informe de este caso? Es cosa de Jackson, si no me equivoco.

—Me pidió que le echara un vistazo. Ya sabes. —Se levantó y fue hacia la máquina de café—. Son las cinco de la mañana, Scott, ¿qué haces aquí tan temprano?

—No podía dormir. Parece que mis pensamientos utilizaran megáfonos. ¿Y tú qué haces aquí?

—Lo mismo que tú.

Se produjo un silencio entre los dos.

—Es muy temprano para hablar de Whitechapel. Propongo una tregua hasta las siete —dijo Scott.

—La acepto. Cambiando de tema, le diré a Jackson que el suicidio parece limpio.

—Es plausible. Kelly Hapman no fue una mujer muy afortunada —añadió Scott.

—¿La conocías? —preguntó David para sorpresa de Scott.

—¿Bromeas? ¿No recuerdas a Sheldon Hapman? Fue el primer criminal al que detuviste. Era el hermano mayor de Kelly: un desgraciado metido en robos, tráfico de drogas, extorsión, lo que se conoce como un angelito.

David asintió al caer sobre él la cascada de recuerdos.

—¿Cómo había podido pasarlo por alto? Claro que me acuerdo de Sheldon Hapman, menudo animal. ¿Falleció?

—Lo último que sé de ese desgraciado es que le cayeron más de veinte años. Tenía causas pendientes por todo el estado, además, en la prisión se metió en problemas. —Apuró el último sorbo de café y después lanzó el vaso de plástico a la papelera amarilla, sobre la que había un gracioso cartel que rezaba: LO LEGAL ES RECICLAR—. Ahora voy a disfrutar de mis últimos minutos de tranquilidad en mi despacho antes de que comience a sonar otra vez el teléfono. Tú deberías descansar un poco más, David. A saber cuántos días estaremos con esta mierda.

—No te preocupes. Esta noche me iré a casa.

—Más te vale. Ah, recuerda la tregua. Hasta las siete de la mañana no quiero ni oír hablar de Whitechapel —dijo el capitán Scott alejándose.

David decidió obedecer al capitán y no tocar ninguno de los expedientes relacionados con Whitechapel hasta las siete. Terminó su café y empleó un dólar más en otro, aunque en esta ocasión con un poco de leche. Después se dirigió a su mesa. Echó a un lado todos los documentos relacionados con los asesinatos y se concentró en el informe de Jackson.

El suicidio de Kelly Hapman no contaba con ningún elemento extraño que lo hiciera sospechar. Fue entonces cuando se le ocurrió comprobar qué había sido de Sheldon Hapman; por pura curiosidad. Sheldon fue el primer criminal —de verdad— al que arrestó, si no tomaba en cuenta al joven que detuvo por beber cerveza en un parque y la mujer que robó un paquete de tiritas en un supermercado. Buscó su historial en los registros informáticos y confirmó que Sheldon había fallecido hacía años en una prisión estatal. Sin embargo, un dato acerca de Sheldon provocó que se le erizase la piel y se quedara petrificado frente a la pantalla.

—No puede ser —dijo David para sí mismo, aunque sus recuerdos confirmaron tal hecho. Arrestó a Sheldon Hapman semanas antes del atropello de Isaac Furier. Hace veinticinco años. Levantó la mirada y la dirigió hacia el despacho del capitán, donde se encontraba este leyendo tranquilamente el periódico. Pensó en acercarse y comentárselo, aunque no tenía la menor idea de qué decirle.

LA VIBRACIÓN de su teléfono móvil sobre la mesilla la despertó. Estaba aturdida. Sally Lonsdale extendió el brazo en la oscuridad para cogerlo, pero sin querer tiró al suelo un vaso de agua que había también sobre la mesa.

—Maldición.

Con cuidado de no pisar los cristales, puso los pies en el suelo.

—¿Qué ocurre, David?

—¿Te he despertado? —preguntó el detective.

—Más o menos. Dime.

—He encontrado algo, Sally.

Los últimos rastros del sueño desaparecieron. Dando un saltito para esquivar los restos del vaso salió del dormitorio.

—¿Qué tienes?

—¿Recuerdas el caso de Jackson? La mujer que se suicidó. Arresté a su hermano hace veinticinco años, Sally, antes de que Isaac Furier fuera atropellado. ¿Sabes lo que significa?

Sally Lonsdale guardó silencio para asimilar lo que acababa de oír.

—Puede ser una casualidad —dijo al fin.

—He comprobado la fecha del arresto. Fue después del último asesinato.

—¿Has podido localizar a ese hombre?

—Falleció hace años —dijo David—. El único que queda vivo de los Hapman es su hermano Bob, que fue quien encontró el cuerpo sin vida de Kelly. Tenemos que hablar con él.

—¿Estás insinuando que la mujer se suicidó con otra finalidad más allá de acabar con su vida?

—No lo sé, Sally, pero es lo único que tenemos por el momento.

Un par de horas más tarde se reunieron todos los implicados en el despacho del capitán Scott. Este se había tomado la noticia con resignación, pues no sabía cómo encajar el suicidio en lo relacionado con Whitechapel. Howard Jackson y su joven compañero, Roy Sacala, también se encontraban allí, al igual que David Hensley y Sally Lonsdale, todos atentos a las explicaciones del doctor Markesan acerca de la autopsia.

—La causa de la muerte es la asfixia. Kelly Hapman murió ahorcada —sentenció el doctor. Pero apenas pronunció la última palabra, sacó varias fotografías de una carpeta y las fue mostrando como si se tratase de un artista que quisiera vender sus téticas obras.

—¿Qué explicación tienen todas estas heridas? —preguntó David señalando hacia las imágenes.

—Esta es la cuestión de la que quería hablarles. Como ven, el cuerpo de Kelly Hapman

presenta contusiones y signos de lucha. Todas causadas poco antes de morir. Además, la víctima no presenta heridas o desgarros ni en las uñas ni en el cuello, lo que significa que la agonía de su muerte no produjo en ella ninguna reacción.

—¿Estaba inconsciente cuando se ahorcó? —preguntó Jackson.

—Así es —afirmó Markesan—. Pese a que tengamos una voluntad férrea y estemos dispuestos a morir, conservamos un instinto de supervivencia que nos lleva a luchar por nuestra vida. Hay muy pocos casos de sumisión total en una muerte agónica. Dudo mucho que Kelly Hapman se limitara a morir sin más. Tampoco hay presencia de narcóticos en su sangre que confirmasen este comportamiento.

—Al grano, doctor —dijo Scott.

—La ahorcaron —sentenció. Se produjo un silencio absoluto en el despacho—. Hasta aquí llega mi trabajo; el resto es cosa de ustedes.

—Lo que faltaba —susurró Scott—. Como esto salga de estas paredes, les juro que no vuelven a pisar esta comisaría.

Roy Sacala, con voz temblorosa por la tensión que percibía, se atrevió a dar su opinión.

—Fue su hermano, Bob Hapman, quien encontró el cuerpo. Eso lo convierte en el único sospechoso por el momento. ¿No es así?

Todas las miradas se centraron en él.

—Tú hablaste con él —dijo Jackson, que en esos momentos se introducía un Mintbloom en la boca ante la mirada disgustada de la detective Lonsdale—. ¿Qué puedes decirnos de él?

—El hombre estaba muy afectado, incluso tuvo que recibir atención médica. Además, afirmó que llevaba mucho tiempo fuera de Bar Harbor y que había regresado esa misma mañana —explicó Roy.

—No había signos de violencia en la casa. Sí cierto desorden, pero nada fuera de lo común —apuntó Jackson.

—¿Cuál es tu opinión, David? —preguntó Scott.

—Me gustaría hablar con ese hombre.

—Tienes mi bendición —contestó el capitán—. Pero no quiero que se le mencione nada relacionado con Whitechapel. Me he enterado de que los periodistas están pagando generosamente cualquier información relacionada con los asesinatos, y lo último que quiero es que vayamos dando palos de ciego. Que la investigación se centre en la muerte de esa mujer. Nada más.

—¿Y nosotros? —preguntó Jackson con cierta molestia al sentirse desplazado. Lo último que podía pensar era que su caso estuviese relacionado con Whitechapel.

—Continúas con el caso asignado. Considera la participación de Hensley y Lonsdale como un mero inciso.

—¿Dónde se encuentra Bob Hapman? —preguntó David.

—Se quedó en la casa. Los de criminalística tomaron todas las pruebas pertinentes y dieron el visto bueno para que no se marchara —dijo Roy.

DAVID HENSLEY y Sally Lonsdale observaron la casa de los Hapman desde una furgoneta de limpieza facilitada por el municipio, ajena a la atención de los periodistas. Olía a detergente y desengrasante, y, tanto por el ruido del motor como por el estado del interior, era evidente que aquel vehículo estaba viviendo sus últimos días. Sin embargo, cumplía su función, y eso era lo importante.

La casa de los Hapman no desentonaba en Hilderus Park. El césped estaba descuidado y crecía a sus anchas, con largos esquejes que ascendían por las paredes y cubrían las losas de la acera. Las paredes, pintadas de un blanco pulcro hace ya muchos años, lucían desconchadas y amarillentas. Los clavos dejaban caer lágrimas de óxido que atestiguaban más, si cabía, el lamentable estado de la casa.

—Parece la casa del terror —bromeó Sally.

—Puede que lo sea, viendo cómo están las cosas —afirmó David.

Atravesaron el descuidado jardín, mirando hacia un lado y a otro, incómodos. Algunos vecinos, reunidos en corrillo, miraban desconfiados a esos intrusos: hacía mucho tiempo que no veían en aquellas calles una furgoneta municipal, a no ser que fuera poco antes de las elecciones. Además, por cómo iban vestidos, no tardaron mucho en averiguar el verdadero oficio de aquella pareja, lo que provocó mayor desconfianza. David sabía que todo Hilderus Park estaba al tanto de la presencia de dos policías en sus calles. Llamaron a la puerta y esperaron. A los pocos segundos les abrió la puerta un hombre de unos cuarenta años, con una calvicie amparada por un denso pelo a ambos laterales de la cabeza y de tez cetrina. Tenía los ojos hacia afuera, como si se tratara de un sapo, y unos labios gruesos.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó con una sonrisa melancólica en el rostro.

—Soy el detective David Hensley y ella es la detective Sally Lonsdale. ¿Es usted Bob Hapman? —preguntó David.

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo?

—Tan solo queríamos hacerle unas preguntas, si es posible.

—Por supuesto —contestó Bob, dejando al descubierto sus dientes amarillentos. Los invitó a pasar y se acomodaron en la cocina. El interior de la casa, aunque estaba más cuidado que el exterior, también mostraba un aspecto deprimente. Todo en ella era antiguo y estaba muy gastado por el uso.

—Lamento no poder ofrecerles nada más cómodo. Estoy recogiendo las cosas y organizando un poco la casa —explicó. David y Sally tuvieron que afinar el oído para escuchar el hilo de voz que salía de los labios de Bob.

—No se preocupe —dijo Sally mostrando una sonrisa tan falsa como tensa.

David no le quitaba los ojos de encima.

—En primer lugar, lamentamos mucho lo ocurrido —dijo David.

—Una desgracia, sin duda —comentó Bob. Haciendo un esfuerzo por coger aire, se tapó los ojos con las manos y aguardó unos segundos para calmarse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó ahora.

—Los recuerdos, ya sabe, pero continúe, por favor. No quiero hacerles perder el tiempo. — Su voz sonaba gangosa.

Los detectives se miraron.

—¿Alguna vez sospechó, o su hermana se lo insinuó, que podría llegar a hacer algo así? — intervino Sally Lonsdale.

Bob, que aún miraba a David, giró el cuello lentamente hasta centrarse en Sally, a la que dedicó una sonrisa de difícil interpretación.

—No hablaba con ella mucho, pero jamás me lo hubiese imaginado. Mi pobre hermana. Si hubiera venido antes quizás podría haber evitado todo esto.

—Mi compañero —continuó David— me mencionó que usted ha regresado a Bar Harbor después de muchos años, ¿puedo preguntarle el motivo de su regreso?

Bob miró a David.

—Supongo que a todos nos gusta regresar al hogar —dijo manteniendo la melancolía en la mirada—. Me resulta familiar, detective.

David tragó saliva. No por miedo, sino por la sensación tan extraña que trasmitía aquel hombre.

—He salido en televisión últimamente —comentó incómodo.

Bob dio una palmada y expresó una sorpresa inmensa.

—Usted es el agente de policía relacionado con esos asesinatos.

—Un malentendido. Nada más.

—Por supuesto, detective —dicho esto, Bob se quedó mirando por encima de los hombros del detective, aguzando los ojos con atención. David sintió un escalofrío e incluso Sally dirigió allí la mirada, dudando de si había alguien más allí—. Usted arrestó a mi hermano, ¿verdad?

David miró a Sally con preocupación. Aquel hombre daba muestras de no estar bien mentalmente en ese momento.

—Me temo que sí, Bob. Hace muchos años ya de eso.

Este se quedó callado unos segundos sin quitar la mirada del detective.

—Cosas que pasan —dijo—. Por fortuna, lo tenemos de nuestro lado en esta ocasión. No le guardo rencor, no se preocupe.

De nuevo, un insoportable silencio, solo roto por algún vehículo que pasaba por la calle, desde la que llegó un grito lejano que decía «hay polizontes». Territorio hostil, pensó David.

—¿Sabe si su hermana tenía problemas con alguien? —preguntó Sally, queriendo continuar.

—No que yo sepa. Vivía un poco apartada, pero nunca se metía en problemas. —De nuevo ocultó el rostro tras sus manos—. Mi pobre Kelly. Nunca le habría causado mal a alguien. No puedo quitármelo de la cabeza.

Durante los siguientes minutos Sally condujo la conversación con preguntas que Bob respondió de manera escueta. David escuchaba con atención e intervenía cuando creía que tenía que hacerlo, aunque, por lo general, se encontraba desanimado con el testimonio de Bob Hapman. Este aseguraba que sabía poco acerca de su hermana e insistía en que había regresado a Bar Harbor para disfrutar de unos días de vacaciones.

—Tenía planeado hospedarme en un hotel. Vine a casa solo para dar una sorpresa a mi

hermana, pero la sorpresa me la llevé yo.

Sally Lonsdale iba a continuar con las preguntas que tenía anotadas en su libreta cuando David se le adelantó.

—Disculpe, Bob, ¿dónde trabaja? Ha mencionado que había venido a Bar Harbor de vacaciones.

Bob se giró hacia él y lo miró con una sonrisa inexpresiva. Sus lágrimas acababan en la comisura de sus labios.

—En el taller Iron, en Howland. A un par de horas de Bar Harbor.

—Lo conozco —dijo David—. Me cambiaron la batería en una ocasión.

—Tal vez fuera yo —dijo Bob y su mirada se quedó fija más allá de los detectives, pero en ningún punto en concreto, como si mirara hacia el infinito. Se produjeron entonces unos segundos de silencio que resultaron incómodos para David y Sally.

La detective miró a su compañero, quien expresaba sus dudas en los ojos. Era el momento de irse.

—No le robamos más tiempo. Son horas difíciles para usted —añadió la detective.

—Solo deseo dar sepultura a mi hermana para pasar página. Necesito olvidar esta desgracia. No puedo borrar la imagen de mi cabeza.

Se levantaron y se dirigieron hacia la puerta, pero en cuanto enfilaron el pasillo, Bob los detuvo y señaló al salón.

—Ahí fue justo donde estaba colgada. Una muerte horrible —dicho esto se quedó mirando hacia allí, un par de segundos, como si estuviera reviviendo el momento en el que encontró a su hermana sin vida; después hizo un gesto de dolorosa negación con la cabeza y los acompañó hasta la puerta. Si los detectives tenían dudas acerca de su estado mental, lo que acababan de ver acabó por confirmar que Bob Hapman no estaba bien.

—Ya saben dónde encontrarme —dijo Bob desde el umbral de la puerta mientras los detectives cruzaban el jardín en dirección a la furgoneta.

—Este hombre está chalado —dijo David.

—Puede que el suicidio de su hermana le haya afectado.

—¿Puede? —preguntó el detective—. Ese hombre necesita unas cuantas sesiones en el psicólogo.

Llegaron hasta el vehículo cedido por el municipio. David respiró hondo y agradeció los rayos de sol que caían sobre su rostro. Llevaba casi un día entero encerrado en la comisaría debido a la presencia de los periodistas. Quería aprovecharlo.

—¿Qué te parece si nos tomamos un café en el Lemon's? Allí podremos hablar tranquilos. Además, necesito despejarme.

Sally lo sopesó con la mirada.

—Tu cara está por todas partes, David. Te pueden reconocer nada más entrar.

—Correré el riesgo. Siempre podemos regresar a la comisaría si la cosa se complica.

—Como quieras.

Subieron a la furgoneta y percibieron el fuerte olor a detergente que provenía de la parte trasera.

—¿Tigre o gato, detective? —preguntó David. Sally sonrió, giró la llave del contacto y pisó el acelerador. La furgoneta tembló como si estuviera a punto de estallar.

—Un trasto más bien.

TUVIERON la fortuna de que el Lemon's, una pequeña cafetería en Main Street, se encontrase poco concurrida a aquella hora. Un par de clientes disfrutaban de un café en la barra, mientras otros pocos se repartían por las mesas. David esperó en la furgoneta mientras Sally se adelantaba para asegurarse de que estuviese todo tranquilo.

—Buenos días —le dijo Chad, el camarero que les servía el café a los detectives siempre que acudían al Lemon's—. ¿Lo de siempre, preciosa?

Chad incluso, sin esperar a que Sally contestara, comenzó a servirle un café.

—Tengo compañía, Chad. ¿Estaremos tranquilos? —preguntó mientras dirigía un gesto hacia la furgoneta, donde el camarero vislumbró la silueta de David tras el parabrisas. Chad asintió al comprender la situación: cualquiera en Bar Harbor estaba al tanto de todo lo relacionado con el detective David Hensley. Los periódicos, la radio, la televisión local...

—No hay problema. Siéntense al fondo, junto a la puerta de la cocina. —Sally le guiñó un ojo y le hizo un gesto a David para que entrara.

—Te lo agradezco. Cuenta con una buena propina —dijo Sally.

—No tienes que darme nada, Sally. Somos amigos. Mi padre siempre decía que había que tener contentos a los policías y los carniceros.

—¿A los carniceros? —dijo Sally mientras se dirigía hacia la mesa.

—Nunca comprarás un mal solomillo a un carnicero feliz —sentenció Chad.

Ya en la mesa y ambos con un café en la mano, comenzaron a intercambiar impresiones acerca de la conversación mantenida con Bob Hapman. El detective agradeció el cambio de aires.

—Ha sido una pérdida de tiempo —afirmó David—. Ese hombre no está bien de la cabeza.

—Inestable es la palabra.

David agitó el dedo índice en torno a su sien.

—Llámalo como quieras.

—¿No te ha parecido extraño? —preguntó Sally. David arqueó las cejas.

—Puede que estuviera bajo el efecto de algún tranquilizante.

La detective negó con la cabeza.

—Era diferente.

—No te entiendo —dijo David.

—¿Su hermano era así?

—¿De raro? No, por Dios. Era un maníaco: consumo de drogas, robos con violencia... Tenía atemorizado a todos los bares de carretera desde Bar Harbor hasta Portland. Sheldon Hapman era inteligente pese a meterse en el cuerpo cualquier sustancia que le asegurara un viaje,

y tenía labia. ¿Por qué me lo preguntas?

—No hubo más asesinatos tras su arresto —dijo Sally sabiendo que había puesto los dedos sobre la herida.

—Fue detenido por otras causas. Además, está muerto, por lo que ni pudo mandar la fotografía ni estacionar la furgoneta frente a mi casa, por no mencionar el asesinato del bosque. Reconozco que cuando he leído la fecha del arresto me he puesto nervioso, pero, pensándolo bien, es una estupidez.

En ese momento sonó el teléfono móvil de David.

—Será el capitán Scott.

Acertó.

—Dime que tienes algo —dijo el capitán con desesperación.

—Nada, Scott. Roy Sacala tenía razón: ese hombre está muy afectado. Es muy probable que esté atiborrado de tranquilizantes.

—Maldita sea. Esto parece una condenada broma.

Al cabo de unos segundos David colgó, puso el celular sobre la mesa y suspiró. Los problemas se reflejaban en su rostro como si de un mapa se tratase.

—Nos quedamos sin cartas, ¿no es así? —dijo Sally.

—Así es, el capitán quiere que regresemos de inmediato. Va a derivar más agentes al caso y quiere que encabecemos la operación.

Pagaron el café y pusieron rumbo a la comisaría subidos en la furgoneta. Esta pasó inadvertida para los periodistas que se agolpaban en la puerta principal de la comisaría, quienes apenas le dirigieron la mirada.

—Consuélate. Hay menos fotógrafos que ayer —dijo Sally señalando al grupo—. En poco más de una semana no quedará ni uno.

—Si no ocurre nada más —añadió David sin retirar la vista del frente.

—Dios no lo quiera.

Entraron por la puerta trasera, custodiados también por un grupo de periodistas, aprendida la lección del pasado día, aunque ignorando que su ansiado detective acababa de pasar frente a ellos.

—Se estarán preguntando dónde narices me he metido —dijo David una vez dentro del estacionamiento subterráneo de la comisaría.

—No tardarán mucho en inventarse cualquier cosa sobre ti.

Llegaron a la sala principal de la comisaría, pero apenas entraron sonó el teléfono móvil de David. Sally, que caminaba con él, se dio la vuelta cuando vio al detective petrificado con el móvil en la mano.

—¿Qué te ocurre?

—Me han llamado —susurró David— desde mi propia casa.

Sally se acercó a él incrédula. Él le mostró la pantalla. La notificación de llamadas perdidas mostraba el inquietante nombre de «casa».

—¿Estás seguro?

—¡David! —gritó el capitán desde su despacho—. Te estamos esperando.

En ese momento el teléfono de David comenzó a sonar de nuevo. Otra llamada.

—Me están llamando desde mi casa. Otra vez —dijo David desconcertado, más nervioso. El capitán Scott, impaciente, se acercó.

—Puede que Louise haya regresado —dijo Sally, aunque por la mirada que le dedicó David supo que eso era imposible.

—¿Qué demonios te ocurre, David? —preguntó Scott al llegar.

El teléfono dejó de sonar.

—Me han llamado dos veces desde casa. No debería haber nadie allí.

Scott frunció el ceño.

—¿Louise ha regresado? —preguntó el capitán.

El teléfono móvil, que mostraba en su mano como si se tratara de un extraño artilugio, sonó de nuevo. Esta vez David contestó de inmediato.

—¿Quién es? —preguntó, pero no hubo respuesta al otro lado de la línea, tan solo un ruido constante y apagado—. ¿Hola?

—¿Qué ocurre, David? —preguntó el capitán.

—Nadie contesta. No se escucha nada —dijo David—. ¿Hola?

—Puede ser un fallo de la línea telefónica. Voy a llamar a la compañía.

Fue entonces cuando David escuchó el sonido de una respiración agitada, como si alguien tratara de contener una carcajada. Sintió como se le erizaba la piel. Aquello no era ninguna falla en la línea telefónica. Alguien había entrado en su casa y quería que él lo supiera.

—¿Hola? —De nuevo un silencio absoluto hasta que se cortó la llamada. Habían colgado desde el otro lado de la línea—. Han colgado. Está en mi casa, ¡mierda!

Sin perder ni un segundo, dejándose llevar por los sentimientos originados por la llamada, se dirigió hacia el estacionamiento subterráneo de la comisaría.

—¡Ve con él, Sally! —gritó Scott—. Voy a mandar una patrulla de inmediato.

—¡David, no hagas ninguna tontería! —gritó Sally por su parte mientras lo seguía escaleras abajo.

El detective condujo a toda velocidad, haciendo chirriar los neumáticos e ignorando los semáforos. El trayecto duró unos pocos minutos y ni siquiera los periodistas que trataron de seguirlo pudieron ir tras el SUV más de un par de calles. Bajaron del vehículo con las armas reglamentarias en la mano, preparadas para lo que pudieran encontrar. Atravesaron corriendo el jardín y fueron hasta la puerta. En ese momento comenzó a sonar a lo lejos la sirena de la patrulla enviada por el capitán. A los agentes les había sido imposible seguir el ritmo del detective por las calles de Bar Harbor.

David abrió la puerta y entró con el arma alzada, apuntando hacia cualquier bulto sospechoso.

—¡Salga con las manos en alto! —gritó David, aunque sus años de experiencia le hacían saber que no había nadie en su casa y que, quien fuera que estuviera antes, ya se había marchado. Sin embargo, el silencio le resultaba igual de desconcertante.

—El teléfono está descolgado —dijo Sally. Era demasiado, pensaba David, demasiado. Primero la fotografía, después la camioneta y ahora incluso se habían atrevido a entrar en su casa. ¿Quién podía haberse obsesionado con él de esa manera?

Subieron las escaleras y comprobaron que tampoco había nadie en la primera planta. En ese momento llegaron los agentes de la patrulla, pero David les ordenó que peinaran los alrededores por si quien había entrado estaba escondido cerca. A simple vista su casa estaba normal, todo parecía en su sitio y completo.

—David —dijo Sally, que estaba junto al umbral de la puerta, aún con la pistola en la mano y el rostro repleto de un sudor frío.

—¿Qué ocurre?

Sally Lonsdale tragó saliva. David le había contado en más de una ocasión que siempre tenía una fotografía de su hija a la entrada de su casa. Aseguraba que así ella era lo primero que veía

cuando regresaba.

—Mira esto —dijo señalando hacia el portarretrato vacío. Al principio, David no supo a qué se refería la detective, pero en cuanto lo advirtió, sintió como su corazón se detenía y el aire escapaba de sus pulmones.

—No... no es posible —dijo con dificultad. Cogió el marco y se lo acercó al rostro como si así pudiera observar una verdad que solo así pudiera ser revelada—. ¿Dónde está la fotografía de mi hija? ¿Dónde está Helen?

—Se la han llevado —dijo Sally Lonsdale. David, con las lágrimas cayéndole por el rostro, lo negó, obstinado. Esa era la fotografía que él acariciaba todos los días, cada vez que pasaba frente a la mesita. Aquel gesto insignificante y rutinario, para el detective, había conseguido aunar las muestras de cariño hacia su hija, como si así le fuera más fácil sobrellevar el hecho de que la muerte se la arrebatara siendo todavía tan joven. Había otras muchas fotografías por la casa, pero esa en concreto tenía un gran valor para él.

—Esto no puede estar pasando.

La imagen de David llorando, con las manos en la cabeza y el arma aún en una de ellas, impactó a Sally. No sabía cómo consolarlo, aunque desconocía si David experimentaba dolor por su hija o rabia por lo sucedido, o quizás una mezcla de ambas. Había ocasiones, pensó, en las que era mejor no hacer nada. En ese momento miró hacia el salón y se sobresaltó.

—¡Dios mío!

David se asustó.

—¿Qué ocurre? —preguntó alzando el arma. Sally señalaba hacia el salón a la vez que temblaba.

—Las fotografías —dijo—. Faltan más fotografías.

Fue entonces, incrédulo, cuando David Hensley comprendió lo que estaba ocurriendo.

—Se han llevado todas las fotografías de mi hija —dijo abatido, dando vueltas sobre sí mismo como si necesitara demostrarse que aquello era real; que alguien había entrado en su casa y se había llevado todas las instantáneas de Helen. Después de revisar el resto de la casa, vio que así había sido; incluso el anuario militar había desaparecido.

—Será mejor que toquemos lo menos posible. Puede que encuentren alguna huella —consideró Sally minutos después. David estaba más calmado y su resignación se había transformado en una melancolía que lo mantenía en silencio. En sus manos sostenía el celular, movido ágilmente entre sus dedos. Quería llamar a su esposa, pero no encontraba las palabras idóneas para explicarle lo que había sucedido.

UNA MANTA gris de nubes colmaba el cielo de Bar Harbor. La brisa, proveniente del océano, arrastraba un olor a humedad y salitre que penetraba por las calles de la ciudad. La previsión meteorológica pronosticó lluvias a lo largo de la tarde, pero todo apuntaba a que podía comenzar a llover de un momento a otro.

Sin embargo, el aroma del océano se pervertía al cruzar la urbe, llegando enrarecido a Hilderus Park. Bob Hapman, observando la calle a través de la ventana, aspiró hondo, reconociendo ese nauseabundo olor que había formado parte de su vida hacía ya muchos años, antes de verse obligado a abandonar Bar Harbor.

—Al fin en casa —dijo contemplando las sucias aceras de su barrio, pues seguía siendo el mismo lugar dejado de la mano de Dios, olvidado por todos. Lo único que había cambiado era el mayor número de casas abandonadas. Algunas estaban tapiadas, pero otras tenían rotas las puertas o las ventanas. Sus fachadas estaban cubiertas de grafitis y sobre los descuidados jardines había toda clase de basura, aunque predominaban las latas vacías de Bud Light y las colillas de cigarrillos.

—Debería haber regresado antes, ¿no te parece? —dijo una voz. Bob se dio la vuelta y se dirigió a la cocina.

—Lo importante es que estamos aquí —contestó Bob—. Una pena que nuestra hermana no pueda ver cómo arreglamos las cosas.

Encendió las luces del pasillo, que consistían en un par de bombillas que aportaban una luz amarillenta y tristona que amplificaba la oscuridad de cada rincón.

—Ella no se portó como tal con nosotros, Bobby. Hiciste lo correcto. Siempre haces lo correcto.

Bob asintió, orgulloso de escuchar esas palabras. Dejó la bolsa que llevaba en la mano sobre la mesa del salón y observó el reflejo de la ventana, al cual dedicó una sonrisa.

—Eres muy valiente, Bobby. Te he enseñado bien, ¿no te parece?

Bob, todavía con la sonrisa en los labios, volvió a asentir. Esta vez las cosas eran diferentes a la última vez; ahora lo estaba haciendo todo bien.

DAVID HENSLEY VAGABA COMO un fantasma por su casa. El equipo de criminalística acaba de marcharse sin encontrar ni una sola huella, ni en el teléfono, ni en las fotografías, ni en ningún rincón. Por su parte, David había rechazado que una pareja de agentes se quedara custodiando su casa. Era absurdo. Tenía la seguridad de que quien se hubiera llevado las fotografías no iba a regresar por el momento. No esperaba para nada recibir un golpe tan personal, tan certero hacia uno de los puntos más dolorosos de su vida, como lo era su hija.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —dijo Scott, que junto con Sally Lonsdale, eran los únicos que permanecían en la casa. Estaban en el salón, conmovidos tanto por los hechos como por el propio David, que parecía muy afectado.

—El objetivo de todo esto es David. Lo ha sido desde el primer momento —dijo Sally Lonsdale, que seguía sintiendo escalofríos cada vez que veía el hueco dejado por las fotografías.

Scott suspiró.

—Es demasiado sórdido para ser real. ¿Has podido hablar con David?

—No quiere hablar con nadie. Sigue igual que cuando llegaste.

—Es increíble —dijo el capitán—. Desde el primer momento David tuvo dudas acerca de los asesinatos. Cada vez que se acercaba la fecha en el calendario venía a mi despacho y me preguntaba si las cosas se hicieron como debían hacerse. Yo le respondía que sí, que Isaac Furier era el asesino, que no tenía que darle más vueltas al asunto. Después ocurrió lo de Helen y pareció pasar página; la muerte de su hija lo desoló e hizo que se preocupase por otras cosas. Pero ahora, veinticinco años después, toda esta mierda le explota en las narices y lo señala solo a él. Llevo varios días sin pegar ojo, pensando, tratando de encontrar una explicación, y lo único que consigo son dolores de cabeza.

—Me gustaría estar solo un rato —dijo David, que había aparecido de repente, pillándolos por sorpresa. El llanto reciente y la falta de sueño se habían traducido en unas abultadas ojeras.

—Podría no ser seguro —añadió Scott—. Es mejor que no te quedes solo.

—Es mi casa, Scott.

El capitán quiso insistir, pero sabía que había momentos en los que era mejor quedarse a solas con los pensamientos y, desde luego, David Hensley tenía mucho en que pensar.

—Te esperaré afuera —dijo Sally.

—No es necesario. Nada más necesito estar solo un rato. Después volveré a la comisaría.

—¿Estás seguro? —insistió la detective.

—Estoy bien. No se preocupen.

En cuanto Sally y Scott lo dejaron a solas y David se aseguró de que se marchaban, cabizbajo caminó hasta la cocina y se apoyó con los brazos en la mesa antes de dejarse caer al suelo.

Estaba cansado a un nivel que iba mucho más allá de lo físico. Sin embargo, se incorporó y se sentó apoyando la espalda en la pared. Todavía no había llamado a Louise para contarle lo sucedido, pero no podía retrasarlo más. Era el momento.

Secó sus últimas lágrimas y trató de recomponer la voz para que su esposa no se asustase. Cuando ella contestó, David comenzó a hablar tranquilamente, conteniendo sus emociones, buscando la frialdad del policía en su interior para no derrumbarse de nuevo.

—Han entrado en casa —dijo con la voz temblorosa—. Se han llevado todas las fotografías de Helen.

A continuación, David le relató todo lo ocurrido: la llamada, cómo Sally Lonsdale y él habían entrado en la casa, el infructuoso análisis del equipo de criminalística. Louise se quedó en silencio. Incluso a tanta distancia de su hogar, sintió un escalofrío.

—¿Tú estás bien? —le preguntó.

—Sí. Llamaron desde casa a mi teléfono móvil. Vine lo más rápido posible y me encontré con esto. Las fotografías de nuestra pequeña. —El llanto los invadió a ambos.

—Ahora mismo voy para allá, David —dijo Louise.

—Bar Harbor no es seguro. No podría soportar que te ocurriera algo. Allí estás a salvo.

—¿Por qué se han llevado las fotos, David?

—No lo sé —dijo el detective. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos, tratando de calmarse.

—Es la misma persona que dejó la camioneta enfrente de casa, el que mandó la fotografía —señaló Louise.

—Así es. Puede que sea incluso quien cometió el asesinato la noche que nos encontrábamos en la comisaría —añadió David.

—El hombre que atropelló a Isaac Furier —susurró su esposa.

Esas palabras estremecieron a David.

—No puedo más —dijo el detective—. Esto es una pesadilla, Louise. Siempre lo supe, y aun así me callé, todos nos callamos. Ahora lo estamos pagando.

—Todo señalaba a Isaac Furier como el asesino. ¿Qué otra cosa podías hacer? —dijo Louise—. No vale de nada lamentarse, sino arreglar las cosas.

—Estoy agotado, Louise. No me siento con fuerzas para seguir adelante —dijo mientras se secaba las lágrimas. Las manos le temblaban.

—No puedes rendirte. Nunca lo has hecho y no vas a hacerlo ahora.

—Esto me supera —insistió David—. Siento que las cosas pueden empeorar a cada segundo. ¿Qué ocurrirá si hay otro asesinato? No me creo capaz.

Entonces, sabiendo que iba a ahondar los dedos en una dolorosa cicatriz, Louise cogió aire.

—¿Se rindió nuestra hija? ¿Se rindió Helen aun estando rodeada de enemigos?

—¿A qué viene esto? —preguntó. Las palabras de su esposa lo sorprendieron.

—Contéstame. ¿Se rindió?

—No —contestó David.

—Sabía que iba a morir, David, y aun así Helen continuó adelante, luchando por ella y por sus compañeros, dando su vida por ellos. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos entregaron sus cenizas?

—Que teníamos que ser felices por ella, teníamos que hacerla sonreír allá donde estuviese —respondió David con un nudo en la garganta.

—¿Y crees que esto la hace feliz?

El corazón del detective comenzó a latir más deprisa.

—Helen te necesita, necesita que su padre la ponga a salvo, David. Solo tú puedes hacerlo.
—Me necesita —repitió, agitado por los sentimientos que Louise estaba despertando en él.
—Tráela de vuelta a casa.

La desolación de David fue diluyéndose. De repente se sintió estúpido por estar lamentándose en el suelo de su cocina. Incluso le parecía imposible que se hubiera planteado la idea de desistir.

—Voy a recuperarla —dijo David.
—Sé que lo harás.
—Te quiero, Louise.
—Te quiero, David.

El cansancio desapareció de su cuerpo. Estaba decidido a descubrir quién estaba detrás de todo lo que le estaba ocurriendo. Por fin, después de tantos años, iba a enfrentarse a toda la verdad acerca del caso Whitechapel.

SALLY LONSDALE AGRADECIÓ el café caliente que tenía entre las manos. El día había comenzado muy temprano, y habían sucedido demasiadas cosas como para necesitar poner los pies en el suelo aunque fuera tan solo unos minutos.

Después de marcharse de la casa de David, ella le dijo al capitán que la acercara hasta una cafetería que había no muy lejos de allí, donde esperaría a su compañero. Sabía que necesitaba estar solo y asimilar todo lo que estaba ocurriendo, pero Sally también era consciente del peligro invisible que le acechaba. Además, ella también necesitaba cierta soledad de vez en cuando. Dio un sorbo a la taza de café y se encogió levemente cuando escuchó la tormenta que sacudía el cielo de Bar Harbor. Sentada junto a una ventana, observó como la lluvia se incrementaba por momentos y las calles se convertían en improvisados torrentes. A lo lejos, entre la lluvia y el poco tráfico, podía vislumbrar la casa del detective. Todavía era pronto para impacientarse.

Quien estuviera haciendo todo aquello era hábil, pensó, pues siempre conseguía adelantarse y tener el control de la situación. Volvió a centrarse en su café y procuró dejar la mente en blanco durante unos segundos. Lo necesitaba. Durante unos minutos estuvo observando la televisión sin prestar mucha atención. El canal de noticias repetía los sucesos de la jornada una y otra vez, y entre ellos estaba la investigación que se centraba en unos asesinatos ocurridos hace veinticinco años. Escuchó lo que decían acerca del caso y negó levemente con la cabeza: la prensa estaba tan perdida como ellos.

Otro estruendo proveniente del cielo hizo sobresaltarse a Sally, que ya de por sí estaba más nerviosa de lo normal. El no saber quién estaba detrás de lo que ocurría la hacía sospechar de cada persona que veía, de cada mirada que percibía sobre ella, como si cualquier persona de Bar Harbor pudiera estar detrás de todo. Se giró hacia la ventana y buscó la calma en la lluvia, sin embargo, percibió una amenaza aún mayor en las figuras oscuras que corrían por la acera a toda velocidad, ya fuera con paraguas o envueltas en abrigos de plástico.

—Esto es de locos —susurró.

En ese momento, con el rostro casi pegado al cristal, una de esas figuras que caminaba por la acera se acercó hasta ella y la saludó.

—¡Dios mío!

Bob Hapman, al otro lado del cristal, agitaba la mano de un lado a otro. Sally le devolvió el saludo y este caminó de nuevo para dirigirse a la puerta de la cafetería.

—Detective Sally Lonsdale, ¿verdad?

La detective, levantándose, le dedicó una sonrisa incómoda.

—Así es, Bob.

—Qué casualidad. Precisamente iba a elegir las flores para el funeral de mi hermana cuando

la he visto. Vaya casualidad.

—Pues sí, no lo niego. ¿Puedo ayudarle en algo?

Bob, tras un gesto de gran preocupación, se acercó a la detective.

—Le mentiría si le dijera que va todo bien. He recibido llamadas, detective, y, además, creo que mi hermana estaba metida en problemas.

Sally abrió los ojos de par en par. El suicidio de Kelly Hapman no estaba relacionado con Whitechapel, pero que por fin un caso mostrase algo de luz no lo podía dejar pasar.

—¿Qué clase de problemas, Bob?

Este se tapó la boca con las manos e hizo un gesto con los ojos señalando hacia el exterior. Uno de los hombres que había en la barra se giró un instante para observarlo.

—Creo que deberíamos hablar en un lugar más privado, ¿no le parece? —dijo a media voz. La detective no lo dudó.

—Claro. ¿Dónde quiere que vayamos?

—Me gustaría que fuéramos a mi casa. Allí podrá ver a lo que me refiero. No sé si tendrá relación con su fatal decisión, pero puede ser útil saber qué la llevó a acabar de esa manera.

Las palabras de Bob Hapman no hacían más que incrementar la curiosidad de Sally Lonsdale. Sabía que el caso pertenecía a Jackson, pero quería comprobar por ella misma a qué se refería Bob. Una vez claro, avisaría a Jackson y ella regresaría a centrarse en Whitechapel. Calculó que no tardaría más de diez o quince minutos, por lo que podría regresar después a casa de David para asegurarse de que estaba bien. Convencida, pagó el café y llamaron un taxi. Durante el trayecto, Bob Hapman, entre sollozos y lágrimas, fue relatándole a la detective cosas sin sentido o que se contradecían entre sí. Aunque, al observar lo alterado que estaba Bob, no le preocupó mucho la divergencia de su discurso.

Tras apenas unos minutos, el taxi llegó a Hilderus Park y se detuvo frente a la casa de los Hapman. Cuando bajaron, Sally Lonsdale percibió el olor nauseabundo del lugar e hizo un mal gesto. Bob Hapman, sin mediar palabra, cruzó el jardín, apresurado por abrir la puerta de la casa cuanto antes. La detective iba detrás.

—Esta maldita cerradura —dijo Bob mientras luchaba por abrir la puerta. Sally Lonsdale esperaba justo a su espalda. Un relámpago cruzó el cielo—. Ya era hora.

Bob abrió la puerta y se apartó, haciéndole un gesto a la detective para que entrara. Esta le agradeció la cortesía y atravesó el umbral. El pasillo que la recibió estaba oscuro y apenas podía ver unos metros más allá, pero aun así la detective no mostró reparo en entrar. Pero apenas lo hizo y escuchó la puerta cerrarse, sintió que algo no iba bien. Se giró y observó a Bob Hapman; este le sonreía, aunque de una manera diferente a como lo hacía minutos antes.

—Oh, disculpe, el cuadro de luces está un poco más adelante. La humedad del día causa continuos apagones.

Sally asintió y siguió avanzando por el pasillo, pero la mala sensación persistía. En un acto reflejo puso una mano sobre la culata del arma reglamentaria que llevaba en la cintura.

—No se preocupe —contestó Sally Lonsdale.

Avanzaron por el pasillo oscuro llegar al cuadro de luces. De repente, Sally se giró hacia Bob Hapman.

—¿Ha dicho algo? —preguntó.

—No he abierto la boca, detective —dijo Bob. En él persistía una sonrisa que incomodaba a Sally Lonsdale—. Voy a activar la luz, será un segundo.

Las apáticas bombillas que iluminaron la casa de Bob Hapman revelaron una verdad que dejó sin reacción a la detective. Las fotografías de Helen se extendían por todas las paredes. Había

sido él, Bob Hapman se había llevado las fotografías de la casa de David.

Sally Lonsdale trató de reaccionar. Hizo el amago de desenfundar el arma, pero Bob, que aguardaba el momento adecuado, se lanzó sobre ella haciéndola caer al suelo. Aturdida, no pudo evitar que Bob le arrebatara el arma. El golpe en la cabeza que se dio la hizo escuchar un molesto pitido y sentir cierto mareo. Dudaba incluso de lo que había visto antes de que Bob la empujara. ¿Eran las fotografías de Helen? No estaba segura. Todo le daba vueltas. Un corte de luz sumió a la casa en una oscuridad desconcertante en la que destacaba, de pie, la figura de Bob Hapman.

—Qué oportuno —dijo este dirigiéndose de nuevo al cuadro de luces. Sally quiso levantarse y darle la vuelta a la situación, pero la conmoción del reciente golpe en la cabeza apenas la dejaba moverse.

Un breve zumbido avisó de la restauración de la corriente eléctrica. Las bombillas se encendieron y volvieron a mostrar lo que a Sally le había parecido ver en un primer momento. No estaba equivocada: las fotografías de Helen Hensley estaban por todas partes. Quería hablar, pero de los labios de Sally no salía más que un débil tartamudeo. Se levantó, ayudándose de una mesa junto a ella, pero en cuanto estuvo de pie y vio lo que había sobre ella, se echó hacia atrás, aterrada: una soga, similar a la que había puesto fin a la vida de Kelly Hapman, descansaba sobre la mesa.

—¿Qué es todo esto? —gritó al fin. Pero Sally estaba tan desconcertada que no advirtió que Bob Hapman estaba detrás de ella. Un nuevo golpe en la cabeza la hundió en una oscuridad total.

DAVID HENSLEY LLEGÓ a la comisaría un rato después, acaparando toda la atención de sus compañeros, que dejaron lo que estaban haciendo para observarlo. La noticia de lo que ocurrió en su casa había llegado a la comisaría, extendiéndose la preocupación entre los agentes. Desde el hallazgo del cuerpo de Andrew Rebson, los ánimos estaban a flor de piel. Hasta el capitán Scott, que tenía una intensa conversación telefónica con el alcalde, salió de su despacho para ver cómo se encontraba.

—Se te ve más animado —le dijo.

—No me queda otra, Scott. No pienso dejar que se salga con la suya; sea quien sea. Vamos a llegar al fondo de todo esto.

—Así se habla, David. ¿Necesitas algo?

—Ponerme a trabajar. —Miró a su alrededor—. Por cierto, ¿dónde está Sally?

—Me dijo que iba a esperarte en una cafetería cercana a tu casa —dijo Scott.

—Les dije a ti y a Sally que regresaría aquí.

El teléfono de Scott volvió a sonar y este entró de nuevo a su despacho. David fue a su mesa y le preguntó al agente que ocupaba el lugar más próximo si había visto a la detective, pero este le contestó que no desde que saliera esa mañana. Sacó su teléfono móvil y le mandó un mensaje para decirle que se encontraba en la comisaría. Al cabo de unos minutos, David recibió una llamada: era Sally.

—Perdona por no avisarte —dijo el detective—. Al salir y no verte creí que te habías marchado.

—Muy mal, David, pero que muy mal. Tienes que pensar en tu compañera. —David se quedó de piedra. Esa voz le resultaba familiar—. ¿Le ha comido la lengua el gato, detective?

—¿Bob Hapman?

Sonó una carcajada.

—Buen detective.

—¿Dónde está Sally Lonsdale?

—A salvo de este día tan lluvioso.

—¿Dónde está? —insistió David.

—Veo que no está de humor para mantener una conversación. Lo llamaré cuando esté más calmado.

—No se atreva a colgar —dijo David, pero Bob continuó hablando como si no lo hubiera escuchado.

—Guarde el secreto, detective, o tendrá que recoger trocitos de su compañera por todo Bar Harbor. No se haga el héroe otra vez.

Colgó.

No se haga el héroe otra vez. Esa frase resonó en la cabeza de David como si de un neón brillando en la oscuridad de una carretera se tratara. No se haga el héroe otra vez. Dejó caer el celular en la mesa y se quedó inmóvil, mirando hacia ninguna parte. Moviéndose tan solo sus ojos echó un vistazo a su alrededor: el resto de agentes estaban tan ocupados que ninguno había prestado atención a la conversación. No se haga el héroe otra vez, le había dicho Bob Hapman.

Su teléfono lo alertó de un nuevo mensaje, lo enviaba Sally Lonsdale: una fotografía de la detective atada a una silla, amordazada y con el terror en sus ojos. A los pies de la imagen podía leerse: «¿Me cree o no me cree? Enseguida lo llamo, detective».

Aquello era real, se dijo. Bob Hapman tenía secuestrada a Sally Lonsdale. ¿Era él quien se había llevado las fotografías de su hija? Imposible de permanecer sentado, David Hensley se levantó y se dirigió a la sala de descanso. Esperaba que no hubiera nadie más allí, pero al encontrarse con otros dos agentes regresó sobre sus pasos y volvió a su mesa.

—¿Sucede algo, David? —gritó Scott al verlo pasar otra vez frente a su despacho.

—Todo bien —contestó David pasando de largo.

Justo antes de regresar a su mesa sonó el teléfono de nuevo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el detective.

—Eso está mejor. Quiero que venga a mi casa, David Hensley. Solo, sin trucos. Ella se marcha y usted se queda, así de simple. Le aseguro que si veo algo extraño mataré a la señorita Lonsdale. ¿Lo ha entendido bien?

David suspiró.

—Voy para allá.

—No me ha contestado —dijo Bob Hapman—. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido —respondió David con rabia.

—Bien. Y recuerde, usted solo. Nadie más.

—Pero...

Había colgado.

Sentía su corazón latiéndole en las sienes. Un tum, tum que estremecía su cuerpo. ¿Qué razones tenía Bob Hapman para hacer lo que estaba haciendo? Sin llamar la atención, bajó al estacionamiento subterráneo, se montó en el SUV y salió a toda prisa hacia Hilderus Park. Los periodistas que custodiaban la puerta trasera, que se reducían a un fotógrafo y un reportero, no pudieron reaccionar a tiempo cuando vieron salir el automóvil del detective a toda velocidad. Para cuando montaron en sus vehículos, el SUV había desaparecido entre el tráfico.

David conducía al límite. La copiosa lluvia había encharcado la carretera y a su paso levantaba sendas cortinas de agua que caían sobre las aceras, mojando a algún peatón distraído.

—Aguanta, Sally, aguanta —repetía una y otra vez pese a que sabía que la detective estaba en manos de aquel desquiciado. No podía pensar siquiera que le ocurriera algo a Sally Lonsdale. Sería una consecuencia más de su error, del maldito momento en que persiguió a Isaac Furier por las calles de Bar Harbor hace veinticinco años. En ese momento se encendió el dispositivo de manos libres que llevaba en el salpicadero. Era el capitán Scott.

—Me han dicho que te han visto salir como una exhalación, ¿qué ocurre, David? —El detective sonrió con ironía, pues no tenía la respuesta para esa pregunta.

—Nada grave —contestó al fin. Las indicaciones de Bob Hapman habían sido muy claras. Sin embargo, Scott llevaba muchos años a sus espaldas como para dejarlo correr: el capitán sabía reconocer la mentira en las voces. Además, este, en su despacho, tenía al fotógrafo que había dado el aviso al resto de sus compañeros de la salida veloz del SUV de David. En cuanto la

noticia llegó a la comisaría, el capitán hizo llamar a los testigos que lo vieron salir. El reportero había partido en busca del detective, pero el fotógrafo, un joven de veintipocos años, permanecía allí y no puso muchos impedimentos para colaborar con la policía.

—Tengo aquí al fotógrafo, David. Dice que has salido tan rápido que ni siquiera ha tenido tiempo de quitarle la tapa al objetivo, así que no me digas que no es grave lo que sea que esté sucediendo.

La voz de Bob seguía en la cabeza de David: «guarde el secreto o tendrá que recoger trocitos de su compañera por todo Bar Harbor».

—Es cosa mía. Tengo que hacerlo yo.

—Eso es diferente, David —dijo el capitán a la vez que le hacía un gesto al fotógrafo para que se marchara. En cuanto este cerró la puerta, continuó—. ¿Qué sucede?

—Nada que yo no pueda solucionar.

Scott suspiró hastiado.

—El fotógrafo ha dicho que ibas solo, ¿dónde está la detective Lonsdale?

Un elocuente silencio siguió a las palabras del capitán. David apretó sus labios debido a la frustración que sentía. Su vida estaba en peligro por culpa suya. Todo a su alrededor, todo lo que tocaban sus manos se derrumbaba.

—¿Qué demonios le ha ocurrido a Sally? —insistió el capitán—. ¿Dónde está?

—Voy a solucionarlo, Scott, pero tengo que ir solo —dicho esto colgó. No tenía sentido alargar la conversación.

Dejó atrás el centro de Bar Harbor y se adentró en el barrio periférico de Hilderus Park. Las calles cuidadas y limpias dejaban paso a aceras rotas, farolas oxidadas y casas abandonadas. Hilderus Park nunca había gozado de una buena fama, pero tampoco había tenido la oportunidad, pensó el detective. Las alcantarillas, repletas de mugre, no podían contener el agua de la lluvia y terminaba acumulándose en las calles de esta parte de la ciudad. Incluso David tuvo que aminorar el ritmo al encontrarse calles completamente anegadas. Por fin pudo divisar, a lo lejos, difuminada por la lluvia, la casa de los Hapman.

BOB HAPMAN MIRABA a través de la ventana hacia la calle, maravillado por el agua que caía sin cesar. Había olvidado los riachuelos que se formaban en las calles de Hilderus Park los días lluviosos, cómo las aceras se anegaban tras unos pocos minutos y cómo las alcantarillas tapadas por los desperdicios convertían al barrio en un cenagal apestoso. Además, los días lluviosos eran sus favoritos, pues en esos días todo se mojaba y veía reflejos por todos lados, lo que significaba que su hermano podía acompañarlo a cualquier parte, y eso lo hacía sentir más seguro.

—Lo estás haciendo muy bien, Bobby. Estoy muy contento —dijo Sheldon con un cigarrillo en los labios.

—Ahora viene lo mejor —respondió tratando de contener una carcajada, como si se estuviera riendo de algo prohibido.

Sally Lonsdale, amordazada en una silla en el mismo salón en donde encontraron el cuerpo sin vida de Kelly Hapman, escuchaba atentamente a Bob, que estaba frente a la ventana de espaldas a ella. Sus ojos se centraban en las fotografías de Helen, la hija de David, repartidas por todas las paredes, como carteles de «se busca» en el Viejo Oeste. Bob Hapman había sido quien llamó a David esa misma mañana desde su casa, quien se había llevado las fotografías. Ignoraba si la camioneta o la carta que recibió David también eran obras suyas, aunque todo parecía apuntar a que así era. El motivo concreto, así como del hecho de haberla secuestrado, se le escapaba.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir, Bob —dijo la detective, temerosa de que ella fuera «lo mejor», fuera lo que fuese que significase eso. Estaba incómoda y adolorida. Las carcajadas de Bob Hapman le producían escalofríos. Por si no fuera poco, la había atado con tanta fuerza que las cuerdas se le clavaban por todo el cuerpo y apenas le dejaban circular la sangre correctamente. Al escucharla, Bob Hapman se dio la vuelta con lentitud y la miró como si lo hubiese interrumpido.

—Cállate. No ves que estoy hablando —le dijo para desconcierto de la detective, que miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más allí. Su rostro de confusión fue tan evidente que incluso Bob advirtió que le ocurría algo—. ¿Por qué me miras de esa manera?

Pero su repentino enfado se transformó en pocos segundos en nuevas carcajadas que estremecieron más todavía a la detective.

—Por nada.

No era el momento de alterar a ese hombre.

—Pues cállate y no hables hasta que yo te lo diga —dijo Bob mostrando la pistola que le había arrebatado una hora antes. Sally, resignada, asintió y trató de mantener la calma. Había oído la conversación que mantuvo con David y sabía que este llegaría de un momento a otro. Tan

solo tenía que esperar y rezar para que ese hombre no hiciera ninguna estupidez.

—¿Sabes lo que tienes que hacer con esa mujer? —preguntó Sheldon.

—Claro que lo sé —respondió Bob.

—A su debido tiempo, hermanito. Que el poli lo vea todo, ¿qué te parece?

—Eres un genio, Sheldon.

Sally se revolvió en cuanto escuchó a quién se refería Bob. Se lo había contado David cuando Jackson le pidió que echara un ojo al informe. David arrestó al hermano de Bob, Sheldon Hapman, quien después moriría en la prisión estatal de Farmington. Si no recordaba mal, falleció de sobredosis hace ya muchos años. La curiosidad la punzaba, pero sabía que podía complicar la situación si incomodaba a Bob.

—Recuerda quitarle el arma al poli en cuanto entre, ¿de acuerdo? Es lo primero que tienes que hacer.

—Por fin vamos a vengarnos —dijo Bob. Sally trataba de imaginar la otra parte de la conversación.

—No tendríamos que vengarnos si hubieras hecho las cosas bien desde un principio —sentenció Sheldon.

—Me perdonarás después de todo esto, ¿verdad? —dijo Bob.

—Claro, Bobby. La cagaste en su día y nos dejaste en la mierda, pero si lo arreglas, serás el mejor hermano del mundo. Pero solo cuando el detective esté enterrado en el jardín. Después iremos a buscar a su esposa. Ese cabrón ha sido listo. No quiero más fallas, ¿me entiendes?

—No sabía que ese hombre cruzaría la calle primero, Sheldon.

Bob, dolido por el reproche de su hermano, se alejó cabizbajo de la ventana con un brillo de incertidumbre en los ojos.

—¿Con quién hablas? —preguntó Sally. Bob se detuvo al llegar a su altura y la abofeteó con tanta fuerza que hizo volcar la silla donde se encontraba.

—Te he dicho que no hables —respondió Bob mientras alzaba la silla con la detective encima. Un hilillo de sangre caía de sus labios y manchaba su chaqueta.

—Así aprenderá, Bobby.

Sally saboreó su propia sangre y decidió no tentar más a la suerte. Bob Hapman no era un delincuente más. Aquel hombre estaba trastornado y resultaba impredecible. Además, la cabeza le daba vueltas por el golpe y la mejilla donde Bob la había golpeado le ardía. Incluso sentía caerle una lágrima.

—Bien hecho. Me estás sorprendiendo, hermanito.

Sobre el ruido de la lluvia sonó el de un vehículo que se había detenido frente a la casa.

—Aquí está nuestro hombre. Después de tantos años va a pagar por lo que nos hizo, Sheldon.
—Y de nuevo comenzó a reír. Su cuerpo se estremecía y se agitaba como el de un niño histérico
—. Ya está aquí.

EL TRAYECTO hacia Hilderus Park lo hizo en pocos minutos, sin embargo, a David le pareció toda una eternidad. La idea de que Sally Lonsdale estuviera en peligro por su culpa le hacía sentir una angustia que lo socavaba por dentro. Aparte tenía que lidiar con todo lo relacionado a Whitechapel y con que el desquiciado de Bob Hapman hubiera entrado en su casa para llevarse las fotografías de su hija. Los años de experiencia le habían enseñado que todo tenía una explicación, que siempre había un principio y un final. Nada escapa a la razón, le había dicho una vez el doctor Markesan.

Todos estos pensamientos cobraron vida en su cabeza mientras recorría los últimos metros de la calle donde se encontraba la casa de los Hapman. Detuvo el vehículo justo enfrente de la fachada y apagó el motor. Bajó la mano hasta la cintura y rozó la pistola con los dedos. Pensó en dejar el arma en el automóvil, pero estaba seguro de que Bob se la pediría y se pondría muy nervioso si no se la entregaba, por lo que la desenfundó y extrajo todas y cada una de las balas; después la volvió a enfundar. Había conocido a Bob Hapman y estaba seguro de que podría reducirlo cuando llegara el momento.

Sacó la llave del contacto y se bajó del vehículo. Tuvo que caminar con cuidado para evitar pisar los enormes charcos que había por toda la calle, aunque desistió cuando se percató de que era imposible llegar al jardín con los pies secos. Atravesó el jardín y caminó hacia la puerta. El corazón le latía con fuerza.

Tocó el timbre y esperó, atento a cualquier ruido proveniente del interior. Por una décima de segundo pensó en disparar a Bob en cuanto abriera la puerta, pero temía que una bala perdida pudiese herir a Sally, y además recordó que la había descargado. Tras unos breves segundos, la puerta se abrió lentamente con un chirrido agonizante y Bob Hapman apareció al otro lado. David observó con temor que Bob empuñaba el arma de la detective Lonsdale y decidió no jugar al héroe.

—Varios pasos hacia atrás —dijo Bob con una sonrisa desconcertante en los labios. David no tuvo ninguna duda de que lo estaba disfrutando. Obedeció a Bob Hapman y dio varios pasos hacia atrás hasta quedar en mitad del jardín, empapándose bajo la lluvia. El detective se fijó en que Bob trataba de contener la risa apretando los labios y haciendo extrañas muecas.

—Ha sido puntual, detective —le dijo apuntándole con la pistola—. No intente nada.

David extendió los brazos y le mostró las manos.

—No tengo nada que esconder —dijo.

—Eso tendré que verlo yo —dijo Bob mirando a un lado y a otro, tratando de averiguar si el detective había cumplido con su palabra. Expresaba su nerviosismo a través de sus manos temblorosas.

—He venido solo.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso?

A Bob no le daba buena espina que el detective se mostrase tan calmado. Sus inquietos ojos bailaban.

—Si me tienes mucho rato más en el jardín con las manos arriba, algún vecino llamará a la policía.

Nadie iba a llamar a la policía en Hilderus Park, pero Bob arqueó las cejas preocupado.

El ruido de la lluvia relleno el silencio que se instauró entre los dos.

—¡Dame tu arma! —gritó Bob. David, muy despacio, se llevó las manos a la cintura y le arrojó la pistola—. Ahora entra.

David obedeció y se acercó a la puerta. En cuanto alcanzó a Bob, este le puso la mira de la pistola en la espalda y lo hizo avanzar más deprisa.

—Te tengo una sorpresa —le dijo.

Atravesaron el umbral. Bob cerró la puerta y se dispuso a disfrutar de la reacción del detective al ver las fotografías de su hija pegadas por todas partes. David, en cuanto vio la primera fotografía, tragó saliva e hizo un esfuerzo por no perder el control. Ahí estaban, había sido Bob Hapman quien entró en su casa y lo llamó por teléfono. No le resultó tan doloroso como esperaba. Además, lo más importante en ese momento era asegurarse de que Sally Lonsdale estuviera bien.

Avanzaron por el pasillo y llegaron al salón, donde la detective estaba maniatada. Tras ella, en la pared, lucía la fotografía que David Hensley acariciaba todos los días al entrar en casa. Un poco más allá, sobre una mesa, había una soga similar a la que «utilizó» Kelly Hapman para ahorcarse.

—¿Qué le has hecho? —preguntó David al ver la sangre que salía de los labios de Sally.

—Nada comparado con lo que se merecía —contestó Bob.

—Estoy bien, David. Tranquilo —dijo Sally. David asintió.

—¡Cállate!

—Ya estoy aquí. He cumplido. Ahora ella se marcha —exigió David.

—No hay que precipitarse. ¿No crees?

—Es lo que me dijiste.

—Paso a paso —dijo Bob—. Tenía muchas ganas de que llegara este momento.

—¿Y eso por qué? —preguntó David, que mantenía sus manos levantadas a media altura, gesto que, sabía, transmitía confianza. Sally Lonsdale, por su parte, los observaba con toda su atención.

Bob lanzó una carcajada y después se quedó mirando hacia el espejo un par de segundos. Entonces su sonrisa desapareció y su rostro se contrajo. David lo observó con atención.

—Me arrebató a mi hermano, detective. Lo mandó a una cárcel de mala muerte para que se pudriera durante el resto de sus días. ¿No es así, Sheldon?

David no supo identificar el silencio que se instauró tras las palabras de Bob, ni el hecho de que este se hubiera referido a su hermano, pero, al no tener otra opción, decidió seguirle la corriente.

—Lamento mucho la muerte de su hermano, pero yo solo cumplí con mi deber, Bob. Es mi trabajo.

—¡Sheldon no está muerto! Tienen prisa por enterrarte, hermano —gritó Bob, riéndose con lágrimas en los ojos, a la vez que amenazaba al detective con la pistola—. Pero tú vas a estarlo dentro de poco. Vas a pagar por todo lo que nos hiciste.

David arqueó las cejas y miró con incertidumbre a Sally Lonsdale, quien estaba igual de atónita que él.

—La detective Lonsdale no tuvo nada que ver en el arresto de tu hermano. Ella no se merece estar aquí.

—¡Cállate! ¿Te crees muy listo? —exclamó Bob apuntándole—. El detective más famoso de Bar Harbor, un héroe de la ciudad, y todo porque atropellé a ese desgraciado.

David estaba confundido, y las fotografías de su hija, pegadas en la pared, tampoco ayudaban a aclararle las ideas.

—¿Tú atropellaste a Isaac Furier? —preguntó el detective.

—Así es. Te vi persiguiéndolo en Spring Street y después de seguirlos supuse qué camino iba a tomar ese desgraciado: había dos opciones, y aposté por Kennebec Street. Vi que alguien había tomado la curva y entrado a toda velocidad en la calle donde yo te estaba esperando. En ese momento no pensé, simplemente aceleré la camioneta y atropellé a Furier creyendo que eras tú. Si no te hubiera hecho pagar por haberme arrebatado a mi hermano.

Los recuerdos de David retrocedieron veinticinco años y visualizó la camioneta, el rugido del motor y los chirridos de los neumáticos sobre el asfalto. Isaac Furier y él se habían desviado hacia Kennebec Street. Después todo ocurrió muy rápido: la furgoneta atropelló a Isaac Furier y David tropezó con la parte trasera de esta. Pero afinando sus recuerdos, pudo ver a un jovencísimo Bob Hapman al volante del vehículo.

—Fallaste... —susurró David.

—Fue culpa de ese estúpido. Se cruzó en mi camino y no tuve tiempo para girar. No pude hacer nada.

—El imbécil fuiste tú por fallar, Bobby —dijo Sheldon.

—¡Lo hice todo bien! —gritó Bob mientras miraba fijamente hacia la ventana—. Yo te quería ayudar, Sheldon. Fue mala suerte.

—La mala suerte es que tú seas tan imbécil. ¡Acaba de una vez!

David y Sally, sorprendidos tanto por lo que acababan de escuchar como por la actitud de Bob Hapman, comenzaron a atar cabos. Aquel hombre estaba desquiciado y podía hacer cualquier cosa.

—Atropellaste a un asesino, si te sirve de consuelo —dijo David, provocando que Bob comenzara a reírse a carcajadas, las que estremecieron su cuerpo como si se trataran de espasmos que tuvieran su epicentro en el estómago. Sus dientes amarillentos y con multitud de picaduras quedaban al descubierto.

—¿Has escuchado eso? Son más inútiles de lo que pensábamos —dijo Bob riendo sin parar. Sin embargo, su risa sonaba fingida para los detectives, como la que haría alguien que quisiera complacer a otra persona. Sus gestos trascurrían entre lo natural y lo forzado.

David miró de reojo a Sally y, con un susurro, le preguntó:

—¿Está hablando con su hermano?

Ella hizo un leve gesto con los labios para indicar que eso creía.

—¿Por qué somos inútiles, Bob? —preguntó David. Bob detuvo la risa en seco y, con los ojos muy abiertos, miró al detective.

—Ese hombre no mató a los muchachos.

David se estremeció. Llevaba tanto tiempo buscando la luz en el caso de Whitechapel que aquellas palabras le removieron las entrañas.

—¿Los mataste tú? —preguntó, pronunciando apenas esas palabras.

Otro ataque de risa irrumpió en Bob, que agitaba de un lado a otro la pistola, alargando esta

con un sonido metálico que ponía a prueba los nervios de los detectives.

—Están perdidos, Sheldon.

David Hensley y Sally Lonsdale se miraron de nuevo. No había dudas: Bob Hapman estaba hablando con su hermano.

—No te confíes, hermanito.

—¿Quién mató a los muchachos, Bob? —insistió David, incapaz de contenerse.

—Tuvo que hacerlo, detective. Les pidió ayuda y no se la prestaron —contestó Bob. Tenía la cabeza ladeada y hablaba a media voz—. No se comportaron como debían y por eso tuvo que acuchillarlos. ¿Qué podía hacer si no?

David sintió como su corazón dejaba de latir y su pecho se contraía hasta no permitirle dar una bocanada de aire. Algo acababa de encajar, se había producido un clic en su cabeza que le hacía saber con total seguridad quién era el verdadero asesino de Whitechapel.

—¿Sheldon los asesinó?

Bob dibujó una sonrisa y asintió como si se tratara de un niño obediente.

—Premio para el detective.

David tuvo que apoyarse en la silla para evitar desplomarse. Arrestó a Sheldon semanas antes del atropello de Isaac Furier y después de que se cometiera el tercer asesinato, pero no había nada que lo relacionase con los casos ni nunca se mostró como un asesino.

—Entonces hiciste bien en arrestar a ese monstruo —espetó de repente Sally Lonsdale, provocando un ataque de ira en Bob, que se adelantó un par de pasos y le puso el cañón de la pistola sobre la cabeza.

—¡No es un monstruo! —gritó.

—Tranquilo, Bob —dijo David con las manos levantadas.

—Eres una puta —continuó Bob antes de darle otra bofetada que hizo volcar la silla.

—Mátala, Bobby. Que el detective sea testigo de su muerte —escuchó Bob decir a Sheldon.

Pero él se giró y encañonó a David.

—Todavía no, Sheldon. Quiero que sufran como lo hice yo. Este hombre me arrebató cuanto tenía y quiero hacérselo pagar.

David se fijó en el temblor que dominaba las manos de Bob. Estaba cada vez más nervioso.

—¡Tu hermano está muerto, estúpido! —gritó Sally Lonsdale. Bob no dudó en darle una patada en el estómago que la dejó sin respiración unos instantes.

—¡No está muerto! —Apuntó de nuevo a David—. Ustedes van a morir. Primero la mataré a ella y después a ti. Después bañaré con tu sangre las fotografías de tu hija, David. Es una pena que tu esposa no se encuentre con nosotros, ¿verdad? Seguro que acaba ahorcándose como mi hermana.

David no contestó. No podía caer en su provocación. Además, veía miedo en los ojos de Bob. Estaba cada vez más alterado y la posibilidad de que cometiera un error se incrementaba.

—Tuve que echarle una mano, pero al fin y al cabo, se ahogó ella solita —continuó.

—Estará en el infierno con tu hermano —dijo Sally con un hilo de voz.

—¡Maldita sea! —dijo Bob dispuesto a golpearla otra vez.

—¿Estás hablando con Sheldon? —preguntó David de repente, haciendo que Bob se girara hacia él y lo mirase con atención. Estaba cerca de colapsar. David advirtió que las palabras de Sally Lonsdale estaban afectando a Bob.

—No lo escuches, Bobby.

Pero este se encontraba cada vez más confuso. A medida que insistían en la muerte de su hermano, la imagen de Sheldon perdía poder en su cabeza y su voz se difuminaba. Comenzó a

sentir miedo de volver a estar solo.

—Pregúntale cómo se está bajo tierra —dijo David, ignorando cómo iba a reaccionar Bob.

—Quieren engañarte. Mírame. ¡Mírame, estúpido!

Pero Bob apenas miraba una imagen difusa sobre el cristal de la ventana. Desesperado, miró el espejo esperando encontrar allí a su hermano, pero no encontró más que su propio reflejo.

—¡Sheldon!

—Mátalos ya. Mátalos, imbécil.

Pero la voz de Sheldon sonaba cada vez más lejana y vacía.

David no dejó pasar la oportunidad. Bob, desesperado, miraba de un lado a otro buscando la imagen de su hermano y cometió el error de bajar el arma. En ese momento, David se abalanzó sobre él con la intención de desarmarlo cuanto antes, pero para su sorpresa, Bob se aferró a la pistola, que escondió bajo el brazo. Mientras tanto, Sally intentaba liberarse de las cuerdas, pero estas estaban demasiado apretadas, por lo que se limitó a ser testigo del forcejeo. Los dos hombres rodaron por el suelo y se golpearon con una estantería, que tras un breve vaivén cayó sobre ellos, haciendo añicos la vajilla repartida sobre sus tablas.

—Dios mío, ¡David! —gritó Sally.

Entonces sonó un disparo y un grito ahogado de repentino dolor. La sangre, espesa y aún caliente, comenzó a correr por el suelo.

HABÍA un gran ajeteo en la segunda planta del hospital de Bar Harbor. Varios agentes de policía trataban de contener a los reporteros que invadieron las escaleras de servicio, mientras que en los ascensores otro par de agentes habían establecido un improvisado control de acceso para evitar que nadie de la prensa se colase y camparan a sus anchas por la planta.

No había tardado mucho en correrse el rumor de que había ocurrido algo en una casa de Hilderus Park y que estaba involucrado el detective David Hensley, lo que provocó una estampida de periodistas, primero hacia la casa y después hacia el hospital. Había rumores para todos los gustos: desde que vieron al detective con los brazos levantados en plena calle hasta que estaba colaborando con una banda relacionada con el tráfico de drogas.

—¿Se sabe algo? —preguntó el capitán Scott a Sally Lonsdale, quien estaba sentada en la sala de espera con una bolsa de plástico a sus pies —que contenía las fotografías de la hija de David— y la mirada perdida, extenuada después de un día que tardaría mucho en olvidar. Se observó las muñecas. Las hendiduras de la cuerda todavía se apreciaban en su piel y al respirar sentía una leve molestia en la parte superior del estómago.

—Nada por el momento —contestó.

—¿Tú estás bien?

—Me molestan un poco los golpes, pero nada serio.

El capitán asintió mientras caminaba de un lado a otro de la sala de espera. Frente a ellos, una anciana, vestida por completo de negro y sentada en una de las incómodas sillas de plástico, los observaba con atención y sin disimular en absoluto.

—¿Necesitas algo, Sally?

La detective pensó en pedirle algo de comer, ya que no se había llevado nada a la boca desde esa misma mañana que fue al Lemon's con David, pero prefirió esperar. Ya tendría tiempo para comer tranquilamente cuando todo se aclarara.

—Estoy bien, capitán.

Scott no insistió más e incrementó el ritmo de sus pasos. La anciana, que no le quitaba ojo, parecía estar disfrutando de un partido de tenis.

—Y yo sin saber nada —señaló Scott—. Supuse que te habría ocurrido algo, pero jamás me imaginé una cosa así.

—A David no le quedó otra opción —añadió ella—. Ese hombre me habría matado.

En ese momento, al otro lado del pasillo, apareció David Hensley con una venda cubriendo su antebrazo y varios arañazos en el rostro. La anciana miró con curiosidad al recién llegado.

—¿Eso ha sido todo? —preguntó Scott.

—¿Acaso querías más? La bala solo me rozó —dijo David sentándose junto a Sally—. ¿Se

sabe algo?

—Todavía está en quirófano —dijo Scott—. ¿Es tal como me lo ha contado Sally? ¿Tenemos a nuestro hombre?

David asintió.

—Eso parece. Sheldon Hapman cometió los asesinatos.

—No tenemos pruebas, David. Tendríamos que fiarnos de las palabras de un desquiciado —dijo Scott.

—Las encontraremos. Estoy seguro.

El capitán hizo una mueca.

—Dios te oiga. Los forenses están peinando su casa. De momento han hallado un cuchillo cuya hoja podría coincidir con las heridas de Andrew Rebson; habrá que esperar al análisis, además de un par de fotografías antiguas que podrían encajar con la que enviaron a tu casa. Aunque, después de lo sucedido, no creo que queden muchas dudas —dijo Scott.

En ese momento, la anciana, alzando su voz lo necesario, se refirió a ellos.

—Ya sabía yo que los conocía de alguna parte —dijo mientras agitaba su cabeza de manera enérgica—. Han estado saliendo en televisión todos estos días. Son los policías esos de los asesinatos.

Sally, David y Scott asintieron en silencio, sorprendidos de su reciente fama.

—Espero que se encuentren todos bien —dijo la anciana.

—No tenemos que lamentar ninguna desgracia, señora —aseguró amablemente Scott.

—Esa es una gran noticia, sin duda. Mi nombre es Melissa, por cierto. Melissa Tremps.

David y Scott se miraron incrédulos, pues no daban crédito a lo que acababan de escuchar.

—¿Ha habido suerte con esos asesinatos? —preguntó Melissa.

—Eso parece —contestó David con apenas fuerza en la voz.

—Señora, yo...

Pero las palabras de Scott fueron silenciadas por sus propias dudas.

—¿Lo tienen? —preguntó la anciana.

David tomó aire.

—Lo tenemos.

Melissa los miró detenidamente, como si tratara de saber qué tan ciertas eran sus palabras. Sally Lonsdale, que no comprendía nada, observaba expectante.

—¿Esta vez sí?

David se levantó y se acercó a la anciana.

—Esta vez sí, Melissa. Todo ha terminado.

La anciana, tras mirarlo fijamente unos segundos, asintió y se levantó.

—Eso es todo lo que quería escuchar.

Y sin decir ninguna palabra más, ni hacer ningún gesto, se marchó.

—¿Qué acaba de suceder? ¿Quién era esa mujer? —preguntó Sally Lonsdale. David Hensley y el capitán Scott tardaron un instante en reaccionar.

—Melissa Tremps era la madre del segundo muchacho que asesinaron. Su marido se suicidó poco después —explicó Scott.

—Dios mío —exclamó Sally.

—Gracias a Dios que se ha acabado —confirmó David como si aquellas palabras llevaran consigo un gran peso.

Un doctor, vestido con una impecable bata blanca, los interrumpió. Habían conseguido extraer con éxito la bala del pulmón de Bob Hapman. Estaba fuera de peligro.

—Podrán hablar con él en un par de días.

Sally Lonsdale y el capitán se quedaron hablando con el doctor, pero David se alejó un poco de ellos. Tenía que hacer una llamada.

—David, gracias a Dios. He visto en las noticias lo del tiroteo y casi me da un infarto —dijo Louise.

—Las noticias exageran un poco. No hubo ningún tiroteo, sino más bien un solo disparo —bromeó David.

—Eres muy gracioso. ¿Qué ha ocurrido, David?

—Whitechapel. Se acabó.

—¿En serio? Pero ¿cómo?, ¿cuándo?

—Aún quedan algunos detalles, te lo contaré todo cuando vuelvas.

—Entonces, ¿ha terminado?

—Así es, cariño.

David tuvo que separarse del teléfono debido al grito de Louise.

—Gracias a Dios. No soportaba más a la estirada de mi hermana. Hago las maletas ahora mismo y compro un billete.

—Una cosa más —dijo David.

—¿Qué sucede?

—Las he recuperado, Louise.

—¿Las fotografías?

—Hasta la última de ellas —agregó emocionado—. No le he fallado a Helen.

EL TESTIMONIO de Bob Hapman se dilató un par de días más de lo previsto debido a que un análisis psiquiátrico dictaminó que debía recibir medicación de inmediato.

—Este hombre ha vivido a ciegas durante gran parte de su vida. Sufre de esquizofrenia traumática, que se ha ido agravando con el paso de los años. La medicación ha sido como quitarle la venda de los ojos, aunque es casi imposible que lleve una vida normal. Será ingresado en alguna institución con total seguridad —expuso el psiquiatra que llevaba su caso.

—¿Quiere decir que está fuertemente traumatizado? ¿Por qué? —preguntó David.

—Eso es difícil de saber con exactitud después de tanto tiempo, pero por lo que le hemos podido oír está obsesionado con la figura de su hermano, al que idolatra y teme al mismo tiempo. En su testimonio afirma que comenzó a ver a Sheldon después de que le notificaran su muerte en la prisión de Farmington. Por algún extraño motivo, este aparecía en cualquier reflejo o refracción, era la manera en la que su mente le creó la ilusión de la presencia de Sheldon. Una ilusión, cabe decir, que atenazaba su voluntad. Sin embargo, el hecho de que intentara atropellarlo poco después del arresto de su hermano indica que su estabilidad mental era ya cuestionable.

—¿La detención de Sheldon pudo ser el origen?

—Sí y no. Como he dicho, ha pasado demasiado tiempo. Puede que su hermano abusara de él o le obligara a hacer algo, o, como usted dice, su detención le afectara demasiado. Sin embargo, la esquizofrenia suele tener un componente genético y, debido al historial delictivo de esta familia, no haría mal en comprobar si su hermano sufría también algún tipo de desorden.

Así lo hicieron. David Hensley y Sally Lonsdale solicitaron el historial médico de Sheldon Hapman y descubrieron que, ya en prisión, fue diagnosticado con esquizofrenia paranoica. Sin embargo, esta fue achacada al consumo de toda clase de drogas, sin tener en cuenta el aspecto genético, que lo hacían percibir la realidad de una manera muy distinta a como lo haría una persona normal.

—Vaya con el monstruito —dijo David.

—Lee sus declaraciones en prisión. Confesó los crímenes —dijo Sally señalando esa parte del informe. El detective no daba crédito mientras leía la descripción de cada uno de los asesinatos de Whitechapel.

—Creyeron que eran a causa de la esquizofrenia. No le dieron ningún valor a sus palabras.

—Es increíble. Hemos tenido la confesión aquí en todo momento —dijo Sally.

—Le ocurrió algo semejante a lo que le ha pasado a Bob. En cuanto comenzó a recibir medicación confesó sin más, pese a que en la prisión no tuvieran en cuenta sus palabras.

—Respecto a la camioneta, Sheldon Hapman la adquirió años antes del atropello de Isaac Furier, pero no se molestó en registrarla siquiera, por lo que la pasamos por alto tras este. Hemos contrastado la camioneta del depósito con la descripción dada por Sheldon y coinciden, lo que le da validez a la versión de Bob Hapman —añadió Sally.

El capitán Scott, que estaba al otro lado de la mesa, asentía satisfecho. La tensión de los últimos días había desaparecido de su rostro. Jackson, acompañado del joven Roy Sacala, puso sobre la mesa el expediente relacionado con el suicido de Kelly Hapman.

—Las pruebas forenses también corroboran la versión de Bob. Kelly no se suicidó, fue asesinada —dijo Jackson—. Perdió el conocimiento antes de ser ahorcada por su hermano. Además, después de la repercusión del caso, algunos vecinos de Hilderus Park se han decidido a colaborar: Bob Hapman llegó a su casa días antes de lo que nos contó, coincidiendo también con la fotografía que mandaron a casa del detective Hensley, con el asesinato de Andrew Rebson y con la aparición de la camioneta.

Como acostumbraba, el doctor Markesan llamó a la puerta y entró justo después. Siempre llegaba a las reuniones unos minutos después de que estas comenzaran. Una costumbre de muchos años que le era imposible cambiar. En su mano izquierda —la derecha la ocupaba el bastón— traía los resultados de la comparativa del cuchillo encontrado en la casa de los Hapman.

—Desconozco el punto que tratan en este momento, pero las heridas que presentaba Andrew Rebson coinciden con el cuchillo, además de que hemos hallado restos epiteliales en el mango que pertenecen a la víctima. Bob lo lavó para borrar los rastros, pero no lo hizo muy bien.

David, que había escuchado con atención cada palabra, se recostó sobre el respaldo y suspiró con alivio. Scott asintió con nostalgia en los ojos.

—Se ha terminado, David. Whitechapel está definitivamente cerrado —dijo el capitán—. Me temo que todas tus paranoias eran acertadas: Isaac Furier tan solo estaba en el lugar equivocado en el peor momento. Buen trabajo, chicos.

David sonrió, aunque a medias. Algo lo seguía atormentando y Sally Lonsdale se dio cuenta.

—¿Qué te ocurre, David?

El detective encogió los hombros.

—Bob Hapman estaba obsesionado con hacerme daño y eso le ha costado la vida a Andrew Rebson. Él no tenía nada que ver en todo esto.

—No sé si te sirve de consuelo, David, pero, según la esposa de Andrew, este salía a pasear todos los días al bosque. Bob ha confirmado que lo encontró a solas y cometió el crimen. No sabía de quién se trataba. No era tan listo después de todo —dijo Scott.

—No tenía que haber muerto nadie —concluyó David.

Se refería al reguero de víctimas que se habían descubierto al investigar la vida de Bob Hapman.

—No es tu culpa. Bob te la tenía jurada desde que encerraste a su hermano. Lo de Isaac Furier no influyó en sus actos —dijo Sally.

—El doctor Markesan aprovechó la deriva que había tomado la conversación para intervenir.

—Si no hubieras arrestado a Sheldon, habría cometido más asesinatos —añadió—. Bob fue un daño colateral en todo esto que se nos escapó y regresó convertido en el problema principal, pero ni el mejor detective del mundo podría haber prevenido algo así. Esta es la vida, David, siempre nos depara sorpresas.

—Tienes razón —dijo David, que no se había planteado la cuestión desde esa perspectiva.

—Tengo una duda —dijo tímidamente Roy Sacala—. ¿Por qué esperó veinticinco años para regresar a Bar Harbor?

Sally Lonsdale, como si estuvieran en el colegio, levantó la mano para contestar.

—Por miedo.

David y Scott, que conocían esa parte de la historia, asintieron.

—Después de atropellar a Isaac Furier —continuó la detective— huyó, aterrado ante el hecho de haber matado a una persona inocente. Bob Hapman no era todavía el asesino en el que iba a convertirse. Debemos tener en cuenta que por esos años Bob Hapman tenía dieciocho años, era prácticamente un niño, y los informes psicológicos atestiguan que presentaba una personalidad bastante diferente a la de su hermano.

—Por eso lo idolatraba —añadió Scott—. Pese a que se trataba de un delincuente, Bob veía en su hermano todas las aptitudes que él no tenía. Lo puso en un pedestal. Además, Sheldon utilizó esa fascinación para excusarse de cada uno de sus delitos ante los ojos de Bob, lo que explica que planeara atropellar a David. Lo consideró una injusticia desde el primer momento.

—Todo este tiempo es el que ha tardado «Sheldon» en convencerlo —continuó Sally.

Roy se rascó la cabeza, confuso.

—Pero Sheldon falleció...

Los demás rompieron a reír.

—Bob tenía alucinaciones permanentes. Al igual que no aceptó que su hermano fuera un delincuente, no aceptó que falleciese. Lo veía en todo momento e incluso conversaba con él. Fuimos testigos, ¿verdad, David?

El detective asintió.

—Bien, pues ya está todo claro —dijo Scott—. Se han ganado el resto de la tarde libre. Me encantaría darles un par de días sin tener que aguantarme, pero hemos abusado del presupuesto los últimos días.

—Bueno, menos da una piedra —gruñó Markesan, dando un golpe en el suelo con el bastón.

—Hemos tardado veinticinco años en resolver el caso, doctor. Considéralo un premio de consolación —dijo Scott, provocando una carcajada en los demás.

LOUISE ESTABA en la cocina cuando escuchó abrirse la puerta de casa. Dejó lo que estaba haciendo y se asomó al umbral de la puerta. Justo en ese momento, David, con una tierna sonrisa, acariciaba el rostro de Helen. El rostro de su marido irradiaba paz.

—Buenas noches —dijo Louise.

—Buenas noches, cariño.

Cerró la puerta y se acercó a su esposa, a la cual estrechó en un cariñoso abrazo.

—Ya es oficial. Whitechapel es historia —dijo David—. En los próximos días será el juicio, aunque con todas las pruebas que hemos conseguido será un mero procedimiento.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Los dos se abrazaron y luego se sentaron en el sofá.

—La última semana ha sido una locura. No quiero ni pensar lo que habría ocurrido si no te hubieses marchado a Bangor. ¿Te has aburrido mucho por allí?

—¿Aburrirme? Tengo suerte de que mi hermana me haya dejado tiempo para respirar —dijo Louise con total seriedad. David intentó no reírse, pero le fue imposible.

—¿Te hace gracia? Mi hermana está apuntada a todos los clubes deportivos de Bangor. Había días en los que no podía ni levantarme de la cama.

De nuevo se rieron, hasta que las primeras lágrimas corrieron por sus mejillas.

—No puedo creer que por fin haya terminado todo esto. Después de tantos años me siento extraño, como si flotara —dijo David.

—Te has quitado un gran peso.

—Será eso.

—Vas a ser un buen detective después de todo —bromeó Louise. David asintió con una media sonrisa.

—¿Recuerdas lo que me dijiste? Lo de que Helen me necesitaba.

La conversación cambió de tono. La emoción brilló en los ojos de ambos.

—Sí, lo recuerdo.

—Es curioso, pero cuando estaba a punto de entrar en la casa de los Hapman e incluso cuando estábamos allí Sally y yo, no tuve miedo. Sentí que ella estaba conmigo, que me protegía —dijo David.

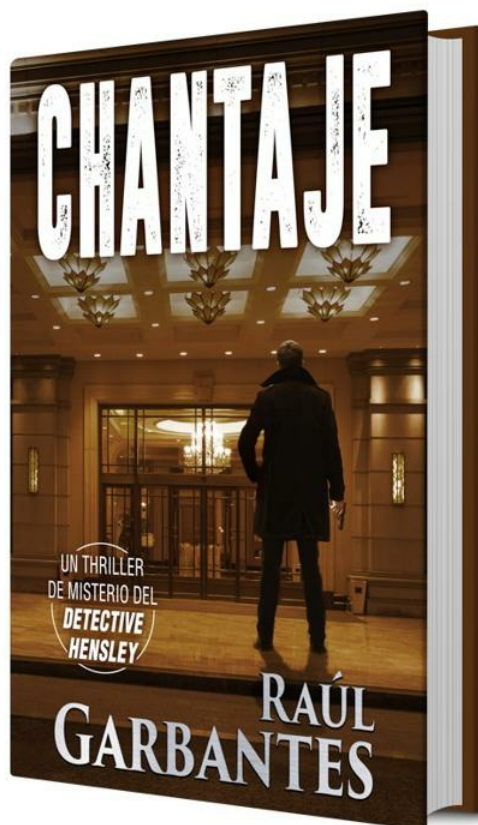
—Y lo estaba, cariño. Estoy segura.

Se estrecharon las manos y se besaron.

Aquella noche fue la primera en veinticinco años que David Hensley, antes de quedarse dormido, no pensó en quién conducía la maldita camioneta de la calle Kennebec.

FIN

David Hensley regresa en la sexta novela de la serie El experimentado detective Hensley:
Chantaje. Obtenla aquí:
<https://geni.us/Chantaje>



NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

[Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:

<https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos>

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página web:

www.raulgarbantes.com

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Notas del autor